



**TALLERES  
DISTRITALES  
CIUDAD DE  
BOGOTÁ**

**2020**



Alejandra Varela Jaramillo  
Angie Quiroga Rincón  
Camilo Rueda Navarro  
Diego Zhaken  
Juan Pablo Vega B.  
Laura Camila Mora  
Luis Camilo Dorado  
Margarita Suárez  
Maricela Ortiz Epiayú  
Omar La Hoz  
Wendy Rey



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.



**BOGOTÁ**  
Instituto Distrital de las Artes

## **Alcaldía Mayor de Bogotá**

Claudia Nayibe López Hernández  
*ALCALDESA MAYOR DE BOGOTÁ*

### **Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte**

Nicolás Montero Domínguez  
*SECRETARIO DE CULTURA, RECREACIÓN  
Y DEPORTE*

### **Instituto Distrital de las Artes-Idartes**

Catalina Valencia Tobón  
*DIRECTORA GENERAL*

Astrid Liliana Ángulo Cortés  
*SUBDIRECTORA DE LAS ARTES*

Carlos Mauricio Galeano Vargas  
*SUBDIRECTOR DE EQUIPAMIENTOS  
CULTURALES*

Leyla Castillo Ballén  
*SUBDIRECTORA DE FORMACIÓN  
ARTÍSTICA*

Adriana María Cruz Rivera  
*SUBDIRECTORA ADMINISTRATIVA Y  
FINANCIERA*

Adriana Martínez-Villalba  
*GERENTE DE LITERATURA*

Ricardo Ruiz Roa  
*COORDINADOR ESCRITURAS DE BOGOTÁ  
2020*

Carlos Ramírez Pérez  
María Camila Jaramillo Laverde  
María Eugenia Montes Zuluaga  
Olga Lucía Forero Rojas  
Yenny Mireya Benavídez Martínez  
*EQUIPO DE LA GERENCIA DE  
LITERATURA*

María Barbarita Gómez  
*COORDINACIÓN EDITORIAL Y CUIDADO  
DE TEXTOS*

Mónica Loaiza Reina  
*DISEÑO*

© Instituto Distrital de las Artes -  
Idartes

©Alejandra Varela Jaramillo,  
Maricela Ortiz Epiayú,  
Angie Quiroga Rincón,  
Margarita Suárez, Camilo Rueda  
Navarro, Juan Pablo Vega B.,  
Laura Camila Mora, Luis Camilo  
Dorado, Omar La Hoz,  
Wendy Rey, Diego Zhaken

Julio de 2020

Idartes  
Carrera 8 # 15-46  
Bogotá, D.C., Colombia  
(57-1) 379 5750  
contactenos@idartes.gov.co /  
www.idartes.gov.co

# Índice

**6** Presentación

**7** Directores de taller

**9** Taller Distrital de Novela

**10** Llamada telefónica

**20** El camino de una wayuu

**37** Taller Distrital de Cuento

**38** Quince animales y una bruja

**45** Juliana y el monstruo

**57** Taller Distrital de Crónica

**58** Reincorporación: la larga  
marcha a la vida civil

- 66** Whisky con sabor a paz y a chocolate
- 73** Taller Distrital de Poesía
- 74** Arte poética
- 75** Gabardina roja
- 76** La lista
- 77** Isla de los muertos (1880-1886)
- 78** Destinatario
- 79** No hay familia
- 80** La vida es un carnaval
- 81** Canción de los primeros días
- 84** Fotografía
- 85** A Roy Batty
- 86** Planetas
- 87** Instrucciones para recordar
- 89** Balido

**91 Taller Distrital de Narrativa Gráfica**

**92 LaFila**

**93 Ley de Morphy**

**96 Shortie**

# PRESENTACIÓN

La Gerencia de Literatura del Instituto Distrital de las Artes (Idartes) tiene el gusto de presentar la siguiente muestra de trabajos literarios como resultado de las sesiones de trabajo de los Talleres Distritales Ciudad de Bogotá, que se llevaron a cabo entre febrero y junio de 2020 en veinte sesiones, cada una de cuatro horas, para un total de ochenta horas de formación en escritura creativa en los géneros de Novela, Cuento, Crónica, Poesía y Narrativa Gráfica.

Los textos y sus autores serán los protagonistas del **Encuentro Distrital de Escrituras Creativas** que se realizará como parte de la clausura de los Talleres Distritales. El evento se llevará a cabo en de manera virtual y pública por las redes sociales del Idartes el sábado 11 de julio entre las 4:00 p. m. y las 6:00 p. m.



## DIRECTORES DE TALLER

**Eduardo Otálora Marulanda**

*Director del Taller Distrital de Novela*

**Isaías Peña Gutiérrez**

*Director del Taller Distrital de Cuento*

**Sergio Ocampo Madrid**

*Director del Taller Distrital de Crónica*

**Federico Díaz Granados**

*Director del Taller Distrital de Poesía*

**Henry Díaz Pinzón**

**Pablo Guerra Paredes**

*Directores del Taller Distrital de Narrativa Gráfica*







---

**TALLER  
DISTRITAL DE  
NOVELA**

---

# LLAMADA TELEFÓNICA

Por Alejandra Varela Jaramillo

Una voz anónima despertó a Mauricio una mañana nublada del dos de marzo. Era lunes. Había trabajado hasta el amanecer en un café-bar de Chía. Llegó ebrio a su casa cuando el sol ya asomaba. No obstante, esas escasas horas le bastaron para soñar con una vida bajo el agua. Muy en el fondo de su corazón, Mauricio anhelaba ser la versión criolla de Jacques Cousteau, con su propio gorro rojo de lana virgen y su chaqueta azul de innumerables bolsillos.

El teléfono sonó casi como un perro herido. Mauricio saltó de la cama de un brinco. Estaba aturdido y desorientado. Como pudo, exhaló un sonido parecido a un “Aló”. Del otro lado, una mujer hacía una serie de preguntas que Mauricio no pudo entender. En medio de esas frases cortas que emitía la voz femenina logró comprender que le preguntaba si acaso él era Mauro. También le dio una dirección y le contó de un suceso trágico que parecía vincularlo.

Mauricio colgó el teléfono rojo, de cable enroscado y rueda de números. La bocina le pareció tres veces más pesada de lo que en verdad era. Miró el objeto con extrañeza, desconfiando de la realidad. Cuando logró asimilar que estaba despierto, que esa era su habitación, que había recibido una llamada, que lo

necesitaban urgente en una dirección que él mismo había anotado, fue a tomar una ducha. Salió sin tomarse el café cargado que siempre bebía para enfrentar el día.

Tomó un colectivo que hacía su recorrido por la avenida Caracas, un bus de latas monumentales, blanco con líneas rojas y una cabina colosal que lo hacía ver imponente. Olía a fresa artificial y mugre. Era tan penetrante su aroma que, antes de sacar las monedas para pagar el pasaje, Mauricio estornudó con fuerza sin taparse la cara. Pasó el torniquete y una estampa de tela del niño Jesús le acarició el cabello mientras intentaba abrirse paso entre nalgas, piernas y carteras, tratando en vano de no tocar a nadie y de no ser tocado. Cuando encontró un hueco para colgarse de la varilla horizontal que atravesaba todo el bus, revisó con la mano derecha los bolsillos del pantalón para verificar que sus dos billetes aún estuvieran allí.

Una niña iba de pie junto a él, tomada del brazo de su madre, quien llevaba una expresión de angustia y que se agarraba con fuerza con la otra mano. Cada vez que el bus frenaba, la niña se golpeaba la frente con el tubo metálico que sobresalía de una de las sillas. Al notar esto, Mauricio movió con persistencia el hombro de una persona que estaba sentada enfrente de él, y le preguntó si le parecía justo que esa niña fuera de pie y que se estuviera golpeando la cabeza. Cuando la niña se sentó, Mauricio clavó la mirada en la ventana y notó que estaba muy nervioso. Sus manos sudaban y sentía las piernas gelatinosas.

La voz desconocida le había mencionado un cuerpo que necesitaban que reconociera. Lo encontraron en un hotel del centro de la ciudad, sin documentación. Mauricio pensaba en cada uno de sus amigos: Santiago, José, Manuel, Javier... ¿Quién podría tener anotado en un papelito su número de teléfono y su nombre escrito cariñosamente? “Mauro”, “Mauro”,

“Mauro”, pensaba mientras descartaba a cada uno de ellos, construyendo razones que no lo llevaran a lo obvio: que alguno se había matado.

Timbró para avisar al conductor que se iba a bajar. La niña se despidió de él agitando su mano derecha y con una sonrisa inocente de agradecimiento. Mauricio tuvo tiempo de devolver el gesto mientras el conductor detenía el bus.

Llegó a Medicina Legal temblando. El edificio era particularmente parco: se erguía lúgubre un ladrillo tras de otro. Las ventanas, eran muy pequeñas, en comparación con el cuerpo de la edificación, y no permitían ver hacia adentro. Un letrero incrustado en el corazón de la pared de la entrada principal, con una tipografía odiosa y oficial, decía “Medicina Legal y Ciencias Forenses”. Mauricio tuvo ganas de vomitar. La idea de tener que ver un cadáver le retorció el estómago y le empalideció el rostro. Para tomar fuerza pensó que, al fin y al cabo, estar muerto es algo que nos pasará a todos, y caminó con decisión hacia la puerta.

Al cruzar la puerta de vidrio, una joven le preguntó en qué le podía ayudar. A Mauricio la voz le salió delgada, apenas un hilito. Le explicó que lo habían llamado para reconocer un cadáver. El espacio de la recepción estaba casi vacío: solo tenía un escritorio maltrecho sobre el que reposaba un teléfono grandísimo de color negro, un tarro con esferos, todos negros, y tres lápices mordidos, y un pocillo esmaltado blanco con el logo de la entidad.

No parecía agradable tomar café en un pocillo que dice “Medicina Legal y Ciencias Forenses”. Sin embargo, a la joven la tenía sin cuidado. Beber café y morder lápices eran dos actividades que, más que placer, le ayudaban a soportar las horas

sentada en ese espacio triste donde se daban tantas malas noticias. También, sobre el escritorio, había una torre bien equilibrada de cuadernos verdes, donde Mauricio anotó su nombre completo, número de cédula y motivo por el cual visitaba las instalaciones de la entidad. Mientras escribía, pensó que la joven era bella, y eso lo hizo apartar, por un momento, el caos que se extendía por su mente.

Al completar los datos entregó el esférico y el cuaderno aparatoso a la joven. Ella se paró y se dirigió por el único pasillo que se veía, y que estaba iluminado por una luz blanca e intermitente que daba la sensación de túnel infinito. Tenía un vestido todo negro, ceñido al cuerpo, y que le llegaba hasta las rodillas, y unos zapaticos de charol que apenas le cubrían los dedos y los talones.

Pasados unos minutos, la joven le hizo una señal a Mauricio para indicarle, desde el pasillo, que siguiera. Mauricio sintió una punzada en el estómago, pero caminó con naturalidad. Lo hizo seguir a una oficina que se encontraba finalizando el pasillo, a mano izquierda. Mauricio empujó la puerta gris y entró.

Sentado tras un escritorio estaba un hombre canoso, de bigote poblado y barriga prominente. Llevaba puesta una bata larga e impecable con el mismo logo del pocillo de la recepción. Tenía una expresión tan seria en el rostro que parecía guardar una amargura profunda incrustada en la mitad de la frente. El hombre se paró y le dio la mano. Mauricio apretó con fuerza, pero sintió que el hombre apenas le rozó los dedos, una cosa que siempre había odiado. Se sentaron.

Todo el espacio estaba rodeado por muebles metálicos con entrepaños, un lavamanos, tarritos con desinfectante, letreros informativos, dos canecas rojas de basura. También, una mesa de acero inoxidable con ruedas y un aparato enorme con unos

lentes que, a ratos Mauricio sentía, le apuntaban a la cara. La única ventana estaba cubierta por una cortina corrediza que dejaba entrar una luz miserable. En un rincón, dos montañas de carpetas azules parecían tambalear.

El hombre le contó rápidamente sobre una llamada que hicieron desde un hotel modesto del centro de la ciudad. Habían encontrado el cadáver de un hombre, de unos veintiocho años, en estado de descomposición. El único dato que lograron rescatar fue un papel arrugado en uno de los bolsillos del pantalón que tenía un número de teléfono y un nombre que parecía ser el de Mauricio. Por eso, le pedía su colaboración para continuar con la identificación del cuerpo, ya que su estado de descomposición era avanzado. Mauricio asintió con la cabeza y el hombre le entregó un enterizo blanco y una careta de plástico. Fue un momento incómodo. Los dos se pusieron la indumentaria, y cuando estuvieron listos, el hombre abrió una puerta, como cerrada a presión, con una llave ornamentada, casi bella.

Al entrar a ese espacio, Mauricio sintió delirar. Cuatro paredes, del piso al techo, estaban cubiertas por cajones metálicos y un frío potente golpeaba sus huesos. Nuevamente quiso vomitar, pero, como pudo, tragó ese líquido espeso y amargo que le quemó la garganta.

El hombre se acercó a uno de los cajones y lo abrió con fuerza. Del interior salió un olor de putrefacción que lo impregnó todo. Una bolsa negra, con una cremallera que iba de inicio a fin, y un letrero sobre una cinta que decía “N. N.” apareció como en una historia de horror. El hombre corrió la cremallera y le indicó a Mauricio que se acercara para mirar. Tapándose la nariz y la boca con el brazo, Mauricio se acercó al cuerpo que yacía sobre esa lámina de acero, despojado de toda dignidad. A primera vista le pareció estarse mirando a sí mismo.

Reconoció esos ojos cerrados, la nariz puntuda, la barba larga y los labios delgados que se veían atormentados. La frente amplia y el cabello ondulado, la cicatriz del hombro izquierdo que se hizo aquel día que lo ayudó a bajar de un árbol. Era terrible ver ese color de piel y el sarpullido que tenía por toda la cara.

Mauricio, hubiera querido que el último recuerdo de su hermano Mario fuera aquella mañana de domingo cuando se encontraron en una panadería cerca de su casa, pidiendo dos desayunos completos con huevo, pan y chocolate. Preferiría recordarlo con su sonrisa grandota y la timidez que lo invadía cuando le quería hablar a una mujer. Pero no pudo escoger. Sin lágrimas, le hizo saber al hombre que sí lo conocía.

Cuando se quitaron la indumentaria, el hombre lo hizo sentar nuevamente en su oficina de la muerte.

—¿Qué relación tiene usted con el fallecido? —le preguntó el hombre con frivolidad.

—Es mi hermano mayor. Se llama Mario. Dígame qué le pasó. ¿Por qué tiene ese color, esa expresión? —dijo Mauricio con la voz ahogada.

—Su hermano ingirió un veneno. Ya han pasado cuatro días. Llegó anoche en estado de descomposición. Aquí están las pertenencias que encontraron en el hotel y lo que él traía puesto.

El hombre le entregó una bolsa de plástico sellada. Mauricio la tomó, pero la dejó caer al sentir que no tenía fuerza. El hombre se paró y lo ayudó a levantarla. Le preguntó si quería un vaso de agua. Mauricio le dijo que no. Le quitó el sello a la bolsa para buscar si había alguna nota, un mensaje final, una aclaración. Pero solo encontró una camiseta con cuello de

rayas amarillas y rojas, que aún olía a él, un pantalón sucio y los tenis que le había regalado de cumpleaños. El papelito con el número y su nombre “Mauro”, como le decía, escrito con su letra temblorosa y un libro con un separador del Círculo de Lectores. Nada más.

El hombre seguía hablando de unos trámites, unos datos y unas fechas. Mauricio le hizo entender que le había puesto atención.

Al salir de ese espacio mortuario, Mauricio pensó en lo inevitable: la llamada a su padre, las explicaciones, las consecuencias familiares de un suicidio, las culpas y los rótulos. La joven de la entrada, al ver el rostro traspasado de Mauricio, le dijo que lo sentía mucho y que en unos días le entregarían el cuerpo. Pero pronto retiró su mirada de él y se concentró en atender a las cinco personas que hacían una corta fila al lado del escritorio. Él no dijo nada; solo la miró y abandonó del edificio.

Un viento tenue le acarició sutilmente el rostro. Mauricio lo tomó como un gesto de la naturaleza, que le daba el pésame. Hacía un sol picante y el cielo estaba despejado. Mientras caminaba se le ocurrió volver a abrir la bolsa de plástico negra. Sin detenerse, sacó del interior de la bolsa el libro. Era un ejemplar de *Muhammad Ali the greatest: My own story*. A Mauricio le sorprendió que su hermano leyera en inglés, y esto le hizo pensar en lo desconocidos que poco a poco se fueron convirtiendo, en esa extraña vocación familiar por la soledad. Lo que no le sorprendió fue su gusto por el boxeo, ni por Muhammad Ali.

Al ver el libro, Mauricio recordó esas mañanas de sábado cuando su hermano y él jugaban a los puños. Era una rutina: cada vez que se ponían los guantes para jugar a las peleas, Mario salía maltrecho y derrotado tras otro combate. Sus amigos

hacían ronda y gritaban sin parar, emocionados ante la escena salvaje de dos hermanos que, jugando, se reventaban la boca sin piedad. Cada vez que alguno acertaba un golpe, los espectadores saltaban y gritaban, esperando que el afectado se repusiera y lanzara el contraataque. Cuando la pelea finalizaba, alguno de los curiosos levantaba la mano del ganador y todos volvían a casa.

Lo más interesante de la pelea era ver a los hermanos entre abrazos y felicitaciones, con una capacidad insólita para dejar atrás los golpes y las rabias que, sin querer del todo, salían durante el juego. Mauricio y Mario tenían tan claro el límite entre el juego y la hermandad, que cada pelea aumentaba su amor por el otro.

No era un juego cualquiera: en los combates, los hermanos sacaban sus frustraciones y miedos, la soledad y la angustia de crecer prácticamente solos. Cada trompazo aliviaba la mente y sacudía el corazón de tanto golpe invisible. Era la manera de decir que su madre les hacía falta, que les dolía el vacío que había dejado en casa, que se sentían solos en un mundo tan grande.

Las peleas siempre se daban frente a su casa, en el andén que limitaba con la reja del antejardín. A veces un poco sobre la calle, donde eventualmente pasaba uno que otro carro. Los niños de la cuadra iban saliendo al notar el acontecimiento, con la actitud de quienes ya saben lo que pasará, pero con el interés latente de ver cómo, después de una pelea tan seria, los hermanos podían cambiar de juego o volver a casa sin reprocharse nada.

Mauricio tropezó con un andén mientras observaba el libro. Soltó un hijueputazo, y lo guardó nuevamente en la bolsa.

Notó que había estado caminando sin prestar atención a las direcciones. Entonces retomó el camino que lo llevaría a la avenida para tomar el bus. Pero la imagen de su hermano muerto lo sumergió nuevamente en un recuerdo vívido de otro sábado de peleas, cuando se escuchó un pavoroso golpe certero en la calle que colindaba con el epicentro del combate.

Una camioneta Ford Apache verde esmeralda había arrollado a un perrito que paseaba con alegría por el barrio: un brinquito, dos brinquitos, tres brinquitos... Todo negro. Los hermanos se lanzaron de rodillas, y Mauricio tomó al perro, que seguía blandito, entre sus brazos. Era de pelaje negro con visos amarillos, seguramente de antepasados muy lejanos de pastor alemán, el hocico chato, las patas negras, hacia el final un blanco que no tenía explicación y los ojos bien cerrados. Mauricio y Mario lloraron sin parar. La muerte era horrible.

El dueño de la camioneta bajó y bruscamente les dijo a los niños que se quitaran, que dejaran andar y que echaran para un lado ese gozque atravesado. Mario, herido por la muerte del animal, sintió cada poro de su piel ardiendo de rabia. No lo dudó: levantó con vehemencia su mano más entrenada, con la que siempre atacaba a su hermano menor, y lanzó el puño más poderoso de su vida. El hombre lo tomó por el brazo y sin ningún esfuerzo lo inmovilizó, convirtiendo sus lágrimas de dolor en unas de frustración. Lo lanzó sobre el pavimento. Sus rodillas descubiertas quedaron vestidas de sangre; el ardor era insoportable. Mauricio sintió una angustia profunda al ver las piernas enrojecidas de su hermano, y corrió a ayudarlo. Los hermanos se aferraron en un abrazo que nunca volverían a darse y lloraron un llanto de rabia, de impotencia. El hombre subió a su camioneta y desapareció, dejando tras de sí a los niños que lloraban y al gozque muerto.

Mauricio llegó a la avenida Caracas con la imagen de aquel perrito muerto, al que enterraron en el jardín de la casa, con Mario, Patricia —su hermana— y su padre Ramón. Mario pronunció unas palabras en honor al animal caído, en las que resaltó su inocencia y la alegría que lo caracterizaba cada vez que los iba a visitar.

Desde la tarde que asomó el hocico al jardín de la casa, con el pellejo pegado a los huesos, los hermanos lo alimentaron. Cojo, herido o enfermo, siempre lo ayudaron. Una noche de lluvia constante, Mauricio intentó meterlo a la casa, pero el olor del animal los delató, y Ramón lo sacó con un tradicional “¡Chite, chite!”. Apenas lo dejó acomodar debajo del alar de la entrada.

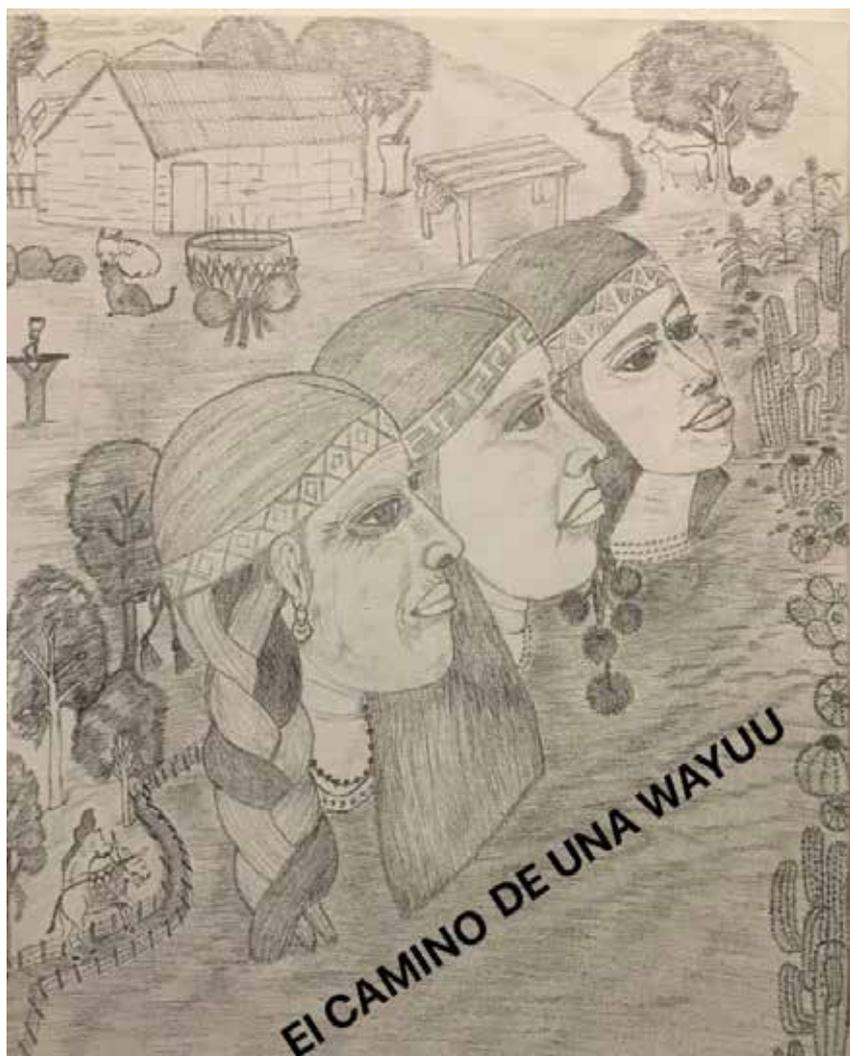
El perro no tenía nombre, pero respondía con exactitud al silbido de los hermanos. Los acompañaba hasta la entrada de colegio, a botar la basura, a la tienda y, sobre todo, estaba presente durante las peleas de los hermanos. Cuando se golpeaban, el perro ladraba, aullaba y chillaba, corriendo en círculos alrededor de ellos. Definitivamente, no le gustaba ese juego.

Entre los cuatro terminaron de tapar con tierra el cuerpo y Patricia arrojó sobre el montoncito un puñado de flores arrancadas, y ese ya no fue un sábado feliz.

Cuando subió a la buseta, Mauricio notó que el olor fétido se había impregnado en su ropa, en su cabeza. Entonces lloró amargamente colgado de ese tubo metálico y puerco hasta que una señora le cedió la silla.

# EL CAMINO DE UNA WAYUU

Por Maricela Ortiz Epiayú



## JUPÛNA WANEE WAYUU

### Jía tuû Joushuka. Esta es la abuela

Al sur de La Guajira, en la región montañosa, a unos cien kilómetros del cerro El Cerrejón, estaba ubicada la ranchería llamada El Espinal. Su nombre derivó de la vegetación que allí predominaba. Estas tierras eran pobladas por árboles espinosos de trupillo que tenían un característico fruto color amarillo, una especie de vainas en racimos de sabor dulce muy apetecido por el ganado. En el lugar también se apreciaban unos bosques de cactus, un rodal de cactáceas columnares, expuestos a la vista de todo visitante. En este lugar habitaban los clanes Ipuana, Pushaina y Epiayú, al cual pertenecía la familia de Mama. Ella era la segunda de cinco hermanos —dos varones y tres mujeres—. Mamachon (la abuelita), una anciana de unos setenta años, de pelo más blanco que negro, piel morena, oscurecida por el paso del tiempo bajo el inclemente sol, tenía unas arrugas bien pronunciadas y los ojos hundidos. Ella, a pesar de su edad y el hecho de haber cargado durante años galones de agua en su espalda, sostenida con la cabeza, se mantenía bien erguida. Esa noche la abuelita tenía la tarea de llevar a sus nietas a una *kaasha*, la *yonna wayuu* (una danza al son de los tambores), la popular chicha maya, porque durante la celebración se toma chicha fermentada de maíz. En tiempos antiguos el maíz se trituraba y maceraba en una piedra con forma de tazón y otra redonda, que se utilizaba para quebrar el maíz, hasta obtener la consistencia deseada. Después formaban unas bolas que hacían hervir en una olla grande con agua. Al finalizar su cocción eran retiradas y se las dejaba enfriar. Las adolescentes mascaban estas bolas y las escupían en la olla. Se dice

que la saliva era el endulzante por excelencia utilizado para la fermentación. Tata (manera de referirse con respeto a un adulto mayor) era un anciano de ochenta años, de estatura baja, que se vestía de manera tradicional. Tata usaba un guayuco, un cinturón tejido a mano con hilos de colores, con el cual se sujetaba una tela en la que se envolvía y a la vez le servía de calzoncillo, dejando al descubierto sus glúteos, que lucían arrugados y oscurecidos, como el resto de su piel. También cargaba un bastón y un sombrero. A donde llegaba, lo primero que le sentían era el particular olor a tabaco que tenía impregnado en el cuerpo. Él era el *piachii* (el vidente de la región), un guía espiritual, considerado el médico botánico. Para este ejercicio era escogido por su gran sensibilidad y conexión con el mundo espiritual, ya que había nacido con el don del sueño y su interpretación. Era reconocido y tratado con especial respeto por los habitantes de la rancharía por la gran capacidad que tenía de influenciarlos espiritualmente. Él recibía en sueños las revelaciones premonitorias sobre las situaciones que ponían en riesgo a toda la comunidad. El anciano tenía un amplio conocimiento sobre las plantas medicinales, el poder de las piedras y el misterio de las aves.

Tata fue despertado en las horas de la madrugada por la voz de los espíritus (*juniiky*, *tuû nuseyuuka*). Ellos le hablaron diciendo ¿Qué haces ahí durmiendo, mientras la muerte cuenta los cabritos de tu corral?, refiriéndose al alma de los niños. Tata, con el corazón exaltado y con las piernas temblorosas, se levantó de su chinchorro casi cayéndose, y con voz entrecortada respondió diciendo *Aniû tallá, aniû tallá* (aquí estoy, aquí estoy). El anciano se refregó un poco los ojos, y estando ya más despierto, entendió el mensaje. Esta revelación hablaba claro de una peligrosa situación, razón por la cual fue convocado a siete días de *yonna* en cada familia, un ritual con un enfoque espiritual y social, que podía ser de gratitud o de súplica, como en este

caso. Nuseyuu Tata advirtió de la llegada de una epidemia que pondría en riesgo la vida de los niños.

Al clarear la mañana, él envió a un niño con la noticia para dar aviso en todas las casas que hacían parte de esta rancharía. Entonces los varones se reunieron en la casa de Tata para coordinar con él la fecha, la hora y el lugar en donde se le daría inicio a la *yonna*, ya que ellos tenían que acondicionar el lugar: había que despedrar un espacio que sería utilizado para la pista de baile, había que ajustar los tambores, hacer enramadas y traer suficiente leña para las fogatas y, por ende, hacer una gran cantidad de chicha.

Después de finalizar los preparativos se inició la ceremonia. Justo al mediodía, cuando el sol mostraba que la sombra de la persona estaba alineada con su cuerpo, el principal de la casa golpeó con fuerza la *kasha*, y con ese primer toque se dio el inicio. Aquel sonido fue interpretado como el llamado para las familias, que en señal de obediencia y respeto a Maleiwa se desplazaron al sitio. Las madres traían ante el anciano a sus hijos menores de diez años. Al caer la noche, ellos entraron al aposento con Tata, donde los hizo formar un círculo en sentadillas, para bañarlos con unas plantas medicinales que él roció sobre sus cabezas con una coca de totumo, y en seguida sopló sobre sus cuerpos ron con el tabaco mascado. Luego el anciano entonó a los espíritus un cántico poco entendible, sacudiendo con unas ramas el cuerpo de los niños. A la medianoche Tata salió con ellos, para hacerlos formar en una fila horizontal en el centro de la pista de baile (*el piov*), soplando de nuevo ron en sus cuerpos semidesnudos. Mientras el anciano llevaba a cabo el ritual, se intensificó el sonido de los tambores y una pareja hizo su danza sin parar. Los niños tenían que estar atentos al momento en que Tata les diera la orden de salir corriendo. El anciano pegó un grito y palmoteó diciéndoles coooooorran. Los niños salieron despavoridos, como huyéndole al

peligro. El que de ellos por distraerse se quedó quieto en la pista, fue considerado como la posible víctima fatal. Por esta razón inmediatamente se sacrificó un cabrito negro, amarrado de sus cuatro patas y sostenido por dos adolescentes. El padre de familia le cortó el cuello y derramó su sangre en el centro de la pista y ofreció la vida del animal en lugar de la vida del niño al Wanûlû (espíritu de muerte). El padre del niño, que debía ofrecer el sacrificio, se distrajo. Mientras tanto, el anciano se alejó un poco hacia el camino y con susurros rogó a Maleiwa para que hiciera desviar al espíritu de la muerte. Después entró a su aposento y durmió unas horas, esperando recibir una respuesta a su ruego, ya que solo a través del sueño se reciben los mensajes divinos, aunque a veces la respuesta no llega de inmediato.

## **Majayuûlû. Mama se hace señorita**

Mama tenía catorce años, era de piel blanca, tenía el cabello largo, oscuro y ondulado, con ojos grandes y medio rasgados. Tenía una estatura promedio que daba para pensar que ya era adulta. Ella, sin ser atrevida y lanzada, tenía cierta coquetería. Estaba en plena adolescencia, a punto de llegar a su primer sangrado menstrual. Durante los días de Yonna conoció a un joven wayuu un poco mayor que ella, un muchacho alto, delgado, de piel trigueña y agradable apariencia física. Durante varias horas lo había visto tocar la *kaasha* con una gran habilidad y entusiasmo. Aprovechando el momento de su descanso, le llevó chicha en una jarra de peltre color verde menta. Quería verlo de cerca para descubrir lo que a ella le atraía de él. Al saludarlo, dijo *Yash pia* (un saludo habitual, como de hola), has de tener mucha sed, le preguntó y, sin darle tiempo de responder, le pasó la jarra. El joven extendió la mano y recibió la bebida mirándola a los ojos, como queriendo decirle ¿qué

intentas averiguar? Mama, sintiéndose intimidada, se alejó de inmediato, pero no lo perdió de vista. Horas después lo vio sentado cerca del *pioi*, y aprovechando la oportunidad se dispuso para salir a bailar. Mama le dirigió la mirada mientras acomodaba su capa de color rojo, invitándolo a bailar con ella. Al verla, el joven se levantó y le salió al *pioi*, aceptando el reto. Ellos dieron varias vueltas, y al finalizar, mientras miraban entrar la siguiente pareja al *pioi*, Mama le dijo Estamos aquí con mi abuela, haremos presencia en todas las *yonna*. El joven le contestó Mi padre y yo hemos sido invitados por Tata para tocar la *kasha*, muy seguramente iremos a las otras *yonna*. En ese momento escucharon las carcajadas de los asistentes, porque la chica que danzaba había logrado tumbar al pareja, característica propia del baile.

Unos meses después Mama se hizo *majayula* (pasó de niña a mujer). La madre le cortó el cabello, le quitó el cinturón (*shirrapu*: un collar de canutillos rojos que se lleva por debajo de la manta para moldear la cintura). Mama fue encerrada por un periodo de un año, recibiendo un cuidado especial. Este ritual representa una purificación física, mental y emocional. Un mudar de piel como hacen las serpientes, que se entierran por meses hasta lograr que su vieja escama sea reemplazada. Este es un periodo de preparación para las jóvenes, durante el cual se pretende llevarlas a la madurez. Con el aislamiento ellas encuentran claridad en el pensamiento, enfrentan sus miedos, se sienten más seguras para iniciar la edad adulta y para cruzar la desconocida línea del destino. La alimentación consistía en una dieta blanda y líquida, baja en sal y azúcar, a base de mazamorra de maíz y millo, preparada diariamente para ella. Incluían también algunas legumbres, tubérculos y frutos silvestres. En su alimentación no le era permitida la ingesta de carne de res, porque se cree que las vacas poseen la energía de la vejez, al igual que las cabras. Solo se permite la

carne de cordero y de algunas aves, ya que tienen la capacidad de rejuvenecer cada año. Diariamente sus baños se hacían con plantas aromáticas y medicinales, como la albahaca silvestre, que tiene la propiedad medicinal de fortalecer el sistema inmunológico, y con otras plantas de protección contra el mal de ojo (la envidia). Cuando se acercaba el final del encierro utilizaron unas plantas especiales, que poseen la virtud de afianzar la relación de pareja (plantas de amarre). El lavado de su cabello lo hacían con las cortezas de los árboles de dulce fragancia; también le prepararon unas bebidas medicinales de sabor muy amargo, obtenidas de la corteza del árbol de quina conservada en licor para purificar la sangre, fertilizar el útero y prevenir enfermedades como la anemia.

Durante el encierro se ahíla algodón, se tejen mochilas y se hace un chinchorro. Bajo los pies nunca podía faltar ceniza caliente, una manera de evitar los resfriados, ya que solo por las noches y madrugadas podían salir al monte para hacer sus necesidades fisiológicas y no ser vistas por ningún hombre, ya que en esa época las rancherías carecían de pocetas y baños privados. La abuela y la madre eran las encargadas de todo el cuidado.

## Casamiento de Mama

El padre de un joven wayuu que venía observando el crecimiento de Mama le habló a su hijo diciéndole Vamos a comprarte esa muchacha tan pronto salga de su encierro, para que sea tu mujer. El joven dijo a su padre Yo también he estado muy pendiente de ella; desde que la vi supe que sería mi mujer. Me gusta su carácter, es atrevida y no le teme a nada. Fueron entonces a la casa de Mama para hacer la negociación de la dote y acordar el matrimonio (*achunta wane jier*: pedir en matrimonio

una mujer). Los futuros consuegros se reunieron para negociar el precio de la joven. El padre del muchacho habló diciendo La razón que me ha traído hoy a tu casa es el interés que tiene mi muchacho por tu hija, y queremos de una vez pactar contigo un acuerdo matrimonial. A lo que respondió el padre de Mama: Si ustedes amarran en ese árbol las cabezas de vacas, cabras, ovejas y cuelgan en mi cuello los collares de oro, collares de tumas, y me sientan aquí los garrafones de ron que estoy pidiendo, hacemos el trato ya mismo. Tienen mi palabra como garantía de que así será. Cuando la muchacha cumpla el tiempo, yo les aviso para que vengan por ella. El padre del muchacho le extendió la mano y dijo Este mismo sábado tienes en tu casa todo lo que pides por tu hija. Y con un apretón de manos cerraron el trato. Mama en su encierro sentía un poco de temor. En sus momentos a solas se decía Ni crean que van a venderme al mejor postor. Primero encuentro la manera de escaparme y salirme de este encierro. Pero luego ella reflexionó un poco y decidió que era mejor mantenerse con actitud sumisa, aunque estaba casi segura de que su matrimonio ya estaba arreglado. La madre y el padre tenían planeado el casamiento para el fin de semana posterior a su salida. Al caer la noche, Mama sería entregada según lo pactado al joven wayuu, que a ella no le gustaba ni un poquito.

En las exigencias del padre del muchacho estaba la consumación inmediata del matrimonio. Para este acto tenían colgado un chinchorro (sûi) en los árboles, a los pocos metros de la casa. Querían asegurarse de la virginidad de la muchacha, porque cuando una *majayula* no resulta virgen es avergonzada, el varón dice en presencia de todos que la muchacha ya estaba rota, usada quién sabe cuántas veces. Y cuando estas situaciones se presentan, la joven es obligada a confesar el nombre de quien le hizo la deshonra. Aun cuando ella confiese que ha sido violada, es entregada en contra de su voluntad para hacer vida

conyugal con su propio agresor. Lo que hace el padre simplemente es cobrar una doble dote, le pone un precio a la falta moral y otro por otorgarle el derecho a que el tipo la tome por mujer, poniéndole de esta manera punto final al asunto.

En la casa de Mama todo parecía muy normal aquel día. Su madre se mostraba muy amable con ella, diciéndole Ya que este será tu primer fin de semana fuera del aposento, quiero que te pongas bonita. Báñate antes de que la tarde se enfríe. Después le entregó una manta nueva de colores vivos, unas sandalias negras con borlas grandes de colores fucsia con negro, azul aguamarina y blanco. Luego le hizo poner una pañoleta floreada que combinaba muy bien con la manta. Mama se hacía la que no se daba cuenta de lo que estaba pasando, y mientras se arreglaba pensaba en la manera de escaparse de la situación.

Cuando llegó el futuro marido en compañía de su padre y otros miembros de su familia, comenzaron a tomar chirrinche. Ellas estaban dentro del aposento, y como ya era el momento de contarle la verdad, la madre dijo a la hija: Ese muchacho que está ahí afuera es tu marido. Es joven y de buena familia. Mira la suerte que tienes: no acabas de salir y ya tienes un hombre esperándote; en cambio, tu hermana ya lleva tres años esperando que alguien se interese por ella. No puedes quejarte de lo afortunada que eres. Mama, un poco más alta que su madre, la miró con reproche, diciéndole: ¿Y por qué no la casas a ella? Yo no tengo ningún afán de hacerlo, y mucho menos con alguien que no me gusta ni me interesa, y le dio la espalda para no verle la cara y su reacción.

La madre salió con expresión de enojo y le dijo a su marido: Ya está todo listo, pero entra tú y tráela, que a mí no me hace caso. El padre fue y sacó a Mama. Al momento de entregarla

dijo: Este es tu esposo, y los dejó solos. El joven la recibió amablemente, con cara de felicidad: estaba muy enamorado de ella. Tomándola de un brazo, la llevó para hacerla acostar en el chinchorro, mientras le susurraba al oído diciendo Esperé tanto para que llegara este día. Año tras año viéndote crecer. Cuando quiso alzarla, ella lo miró desafiante. Con repugnancia y odio le dijo: ¿Quién te nombró Dios para que te creas con derechos sobre mí? ¿Por qué mejor no te sientas y sigues esperando, que hoy tampoco fue tu día? Entonces le agarró con tal fuerza las manos que le dislocó el dedo meñique. Antes de emprender la huida, volteó para verle la cara, mientras él trataba de hacer encajar su dedo. Con voz de amenaza le habló: Ni te atrevas a seguirme. Y corrió hacia los montes en medio de la oscuridad, donde se escondió toda la noche. Ella no podía creer cómo había logrado escaparse. El joven, bastante decepcionado, fue a contarles al palabrero y a su padre el asunto, quienes ya estaban con tragos encima: habían comenzado la celebración con muchas horas de anticipación. Cuando se enteraron de la situación, quisieron armar pleito, y con un tono airoso preguntaron: ¿Y cómo vamos a solucionar esta situación? ¿Van a traer a la muchacha o nos van a reintegrar ya mismo la dote? Porque bien cara salió. El padre del joven añadió: Pero nos la traen amarrada. La dote consistía en cinco collares de *tuma* (turmalina: piedra preciosa de color verde o roja), tres collares de oro, doce cabezas de ovejas, diez cabezas de cabra, seis cabezas de vaca y cuatro garrafones de churrinche. Los padres de Mama, muy avergonzados, se disculparon con ellos, diciéndoles: Entendemos la molestia que están sintiendo, pero también tengan clara una cosa: yo le entregué la muchacha a tu hijo, pero si él no la supo dominar, no es culpa mía. Lo único que podemos hacer para remediar el asunto es darle la otra muchacha. Estoy seguro de que con ella no van a tener ningún problema: esta es más sumisa. Entonces ofrecieron en lugar de Mama a la hija mayor, que aún permanecía soltera.

La joven estuvo pendiente de toda la conversación. Había estado escuchando cada detalle escondida detrás de la puerta, donde esperó con ansiedad el resultado final. Durante todo ese tiempo ella se comió las uñas, estando a punto de sacarse sangre de los dedos. La hermana de Mama desde niña amaba en silencio a ese joven, y ahora el destino la estaba favoreciendo, dejándole el camino libre. Cuando la madre entró, se hizo la sorprendida, y al verla tan agitada, le preguntó: ¿Qué es lo que está sucediendo? Hace horas escucho discusiones. La madre le respondió: Tu hermana huyó y nos dejó metidos en este lío. Ahora te voy a pedir que tú no hagas lo mismo. La joven aparentó estar muy asustada, aunque en el momento de ser entregada sintió un poco de temor porque podría ser rechazada por el muchacho. Ambas partes convinieron con el intercambio e inmediatamente consumaron el matrimonio, y la celebración continuó por la conformación de una nueva familia.

Mama, después de haber pasado una noche de frío entre zancudos y jejenes, sin saber lo que le esperaba, regresó al día siguiente. La madre la recibió con una bofetada, diciéndole: Estás buscando que te encierre hasta conseguirte un marido que le ponga frenos a tus arrebatos, así tuviese que entregarte amarrada. ¿O qué crees, que naciste para ser semilla? Mama no pronunció palabra. Ella siempre fue respetuosa y obediente de sus principios étnicos, razón por la cual reprimía su inconformidad ante las injusticias que veía cometer en contra de la mujer. Todo era solucionado con un par de ovejas, unas cuantas cabras y unos garrafones de chirrinche. Las víctimas terminaban en manos de sus victimarios. Muy pocas veces en la etnia reaccionaban en favor de ellas. Nunca vio a una mujer que se rebelase contra una cultura tan machista. Además, nadie apoyaría algo similar. Entonces, Mama se encerró a llorar con amargura de espíritu, con la mirada sembrada en la tierra, como quien pierde el interés por la vida. Sentía odio por la

edad adulta y por no poder tomar sus propias decisiones. Tenía claro que sus padres no eran malas personas, y quizás solo deseaban protegerla y que nunca le faltara nada.

Mama había crecido en un ambiente de abundancia gracias a la dedicación de sus padres a la agricultura y a la ganadería. Desde niña se acostumbró a madrugar para ir a la sierra. Amaba esas tierras porque deslumbraban con sus matices de verde. Allí se respiraba la vida, las fuentes de agua brotaban por doquier y los árboles se mantenían florecidos, llenos de frutos que albergaban en sus ramas cientos de especies de aves. Este era un jardín natural, que cada amanecer perfumaba su entorno, mezclando la fragancia de sus flores, aromas que solo se podían apreciar en ese lugar. Durante aquellos días en que Mama se sumergió en su mundo de tristeza, deseó con el alma estar en ese lugar y rodearse de ese ambiente de armonía y tranquilidad.

Unos días después, ya con la mente más tranquila, decidió esperar que a su madre se le pasara el enojo para poder volver a salir. Quería buscar la manera de verse con el wayuu que un año antes había conocido en la *yonna*. Cuando Mama vio que todo estaba tranquilo, pidió permiso a la madre para ir a la quebrada, como tenían por costumbre, en compañía de sus hermanos menores. La primera tarde que salió, de manera fortuita fue alcanzada por el joven wayuu, quien con ojos tristes la miró. Creyó haberla perdido, convencido de que ya se había casado. Al saludarla, dijo: Me enteré de tu matrimonio. No sabía que ya tenías un compromiso previo. Yo nunca te lo dije, pero me gustabas mucho y llegué a soñar que serías mi esposa. Mama sonrió y camino a la quebrada le contó cómo se había escapado. Desde entonces comenzaron a tener encuentros discretos sin que sus padres lo supieran. El par de jóvenes cada día se sentían más enamorados.

El joven era de buena familia, trabajador, tenía los suficientes recursos para la dote que pedirían por ella. Como ellos tenían claro que querían estar juntos, decidieron hacerlo pronto, debido a que Mama sentía cierto temor porque su padre no tardaría en negociarla otra vez. En uno de sus encuentros, le dijo al novio: Estoy notando a Tata —refiriéndose a su padre— algo extraño. No te imaginas el miedo que siento cada noche cuando llega alguien. El joven, al verle la angustia, dijo: Dame tres días. Casualmente esta noche iré a donde mi abuelo y le diré que voy a robarme a una jovencita, para que nos permita escondernos allá, mientras se cumplen los días para venir a hablar con tus padres y negociar la dote. En tres días te prometo que estaré de regreso. Planearon entonces el día, la hora y el lugar del encuentro para la fuga.

Aprovechando que todas las tardes ella bajaba a la quebrada para tomar el baño y lavar la ropa de sus padres, encontró la oportunidad y la excusa perfecta para salir sin despertar sospecha. Ese día sacó un par de mantas y salió como de costumbre, mientras él la esperaba ansioso y asustado. Cuando Mama llegó, lo encontró sentado al pie de un árbol de corazón fino, sosteniendo en sus manos el cabestro de su caballo. Se dieron un breve saludo y a toda prisa él la alzó y la montó en el caballo, y luego de subirse él, emprendieron la huida juntos (*eipirra-shi*: costumbres propias de la cultura, cuando ambos jóvenes se enamoran en secreto). Pasados los ocho días del hecho, el palabrero se presentó con los padres del muchacho a la casa de la joven, y con actitud conciliadora se disculparon por el comportamiento acelerado del joven, y allí acordaron la dote, dando por oficializado el matrimonio.

Mama no deseaba alejarse de sus padres. Allí estaba Mama-chon, la abuelita con quien tenía un fuerte lazo afectivo. Entonces habló con el marido, diciéndole: Construyamos aquí nuestra

casa. No quiero dejar sola a mi viejita. Yo quiero que sea ella quien reciba a nuestro hijo cuando nazca, haciéndole saber de esa forma que pronto serían padres. El joven, feliz con la noticia, le respondió a Mama diciendo: Hablare mañana mismo con tu padre. Estoy seguro de que también se alegrará cuando sepa que va a ser abuelo. Además, voy a necesitar de toda su ayuda. Y así fue como terminaron viviendo en la misma ranchería.

Mama fue muy afortunada al casarse: ella y su esposo se amaban y él era un hombre entregado a su familia. Poco tiempo después del matrimonio se fueron a vivir a la sierra, y allí se dedicaron a la siembra de café, maíz, yuca, plátano, ñame, ahuyama, legumbres, ajíes, tomates y cebollín. Ese territorio era de tierra fértil y de un clima agradable, y en la ranchería tenían la cría de cabras, ovejas, pavos y gallinas. Desde que Mama era niña veía a menudo que sus padres eran visitados por los indígenas de la alta Guajira, en tiempos de cosecha, familias que aprovechaban su apellido como medio de acercamiento para beneficiarse y recibir como regalo parte de la cosecha. Cada año aumentaban en números porque traían a sus hijas adolescentes y *majayula*, con intenciones de hacer trueque. Fácilmente podían canjearlas por unos cuantos bultos de maíz y frijoles. Ellos traían de regalo semillas de totumo tostado, sal entera de Manaure y carne de cabrito secada al sol (la típica carne de cecina). Mama los llamaba los guajireros. Tenían fama de ser flojos y perezosos para la siembra: nunca cultivaban nada. Habían optado por la mendicidad y las limosnas, provenientes del comercio ilegal y del movimiento contrabandista de la región. Vivían muy pendientes del tiempo de la recolecta para apelar a la generosidad de los wayuus agricultores. Hacían sus desplazamientos, que les tomaban semanas, en burros. Al llegar a la ranchería, colgaban sus chinchorros en los árboles y allí se les entregaba un bulto de maíz, un cordero, un montón de leña, unas ollas y suficiente agua para que ellos mismos prepararan

sus alimentos. Las mujeres molían el maíz y hacían unos bollos limpios (*yajaa*). Los hombres sacrificaban el cordero, y le aprovechaban todo. Al cortarle el cuello, recogían la sangre y le agregaban sal. Luego lo colgaban de un árbol para quitarle la piel, lo abrían rápidamente para sacarle las vísceras, las que medio lavaban antes de ponerlas a freír con la sangre. También le extraían la asadura (el corazón, el bofe, el hígado, el vaso y los riñones) para asarlos al carbón. Despresaban el resto y hacían su sancocho sazonado únicamente con sal. Ellos lo cocinaban con mucho fuego, como si tuviesen bastante afán. Después se servían y comían como hambrientos.

Todos llamaban a Mama *prima*, aunque no tuviera ningún parentesco con ellos. Cuando se presentaba la ocasión, el padre de familia le decía a Mama: Hemos traído a unas muchachas, porque sabemos que tu hermano está soltero. Ellos tenían la esperanza de que el hermano de Mama eligiera a una de ellas por mujer, porque si lograban emparentar, podían venir con más frecuencia.

Aunque ellos eran wayuus, el color de su piel era más oscura, el cabello se les veía opaco y enredado, como si no se peinaran nunca. El dialecto era el mismo, pero con algunas palabras diferentes: cambiaban en su pronunciación y en su escritura. Por ejemplo “casa al sur” se dice y se escribe *pichi*, pero en la alta Guajira, *michí*. Los niños tenían un comportamiento arisco, algo cimarrón, como si antes no hubiesen visto gente.

Habían pasado varios años y Mama ya era madre de dos hijos: varón y mujer. En aquel tiempo a la etnia no le interesaba llevar a sus hijos al colegio para que aprendieran a leer y a escribir. Era tarea de los abuelos y de los tíos educarlos en la agricultura y el pastoreo. También eran los encargados de instruirlos en la astronomía ancestral. Saber interpretar las señales del cielo

era más importante: allí estaba escrito y detallado el camino de la vida, las señales del tiempo. En las formas de las nubes se podía interpretar las huellas de Juyà, el señor de la lluvia, cuando anunciaba tiempos de agua, y en las huellas que el viento dejaba en la arena, si el tiempo era de sequía. En cada atardecer podía interpretarse el color del rostro que tendría un niño saludable o la palidez que causarían las enfermedades mortales. La presencia de gallinazos (*samuros*) cerca de la casa sin existencia de mortecino (animal muerto de manera natural) era sinónimo de muerte. Los abuelos, desde tiempos antiguos recibieron de la propia voz de Maleiwa toda clase de instrucciones y conocimientos en el desierto.





---

**TALLER  
DISTRITAL DE  
CUENTO**

---

# QUINCE ANIMALES Y UNA BRUJA

Por Angie Quiroga Rincón

A la Bruja y a mí solo nos separa la pared de ladrillo delgado del pagadario. La conocí en ese edificio de fachada verde, ventanas enrejadas y tres pisos. Era esa mujer chiquitica la encargada de asignar las habitaciones del lugar. De cara amable y tez clara, las arrugas de la frente se pronunciaban más cada vez que recibía el pago en la noche. Sin embargo, relajaba su expresión al confirmar que el dinero estaba completo. Con sus labios delgados señalaba la habitación que se debía ocupar. Conocí el primero, el tercero y el segundo piso, así, en ese orden. Mi favorito era el tercero: parecía la zona VIP y de cinco estrellas del barrio Santa Fe. Desde allí podía ver el edificio Bacatá, la torre Colpatría y los cerros orientales; también era el lugar más tranquilo y en el que menos ruido se escuchaba por las noches.

Desde que conocí el tercer piso, cada día, en los buses, intentaba conseguir el dinero extra que necesitaba para darme el lujo de dormir allí. Aunque diariamente solía cambiar de habitación, en ocasiones le pedía a la Bruja que me diera la de la esquina derecha, la que tenía ventanas más grandes. Había días en los que aceptaba mi propuesta; otras veces ni siquiera alzaba la mirada de la baraja de cartas que tenía entre las manos. No sé si eso influía en su decisión o si era el cambio de forma de la mancha negra que tenía en la mitad de la frente.

A eso de las nueve de la noche, cuando yo llegaba luego de mi larga jornada laboral, la Bruja se leía las cartas una y otra vez, quizás intentando conseguir el mejor resultado posible.

Todavía recuerdo la primera vez que vi esa mancha negra justo en medio de la frente. Hace unos siete u ocho años, cuando apenas empezaba a adaptarme a la capital y a sus calles. Llegué al pagadiario de la Bruja por casualidad. Era el que ofrecía mejores precios y en el cual podía tener una habitación para mí solo. En ese momento, la mancha no medía más de un centímetro. Con el paso de los meses y años, su forma cambió y se hizo mucho más grande. Me enteré de ese cambio progresivo el día en que la escuché hablar por teléfono —y fue cuando entendí por qué se le decía *bruja*—. Al principio fue precavida; luego tomó un tono de voz fuerte, por lo que creo que la conversación se escuchó en toda la casa. Desde la habitación en la que yo estaba —en diagonal al escritorio de la Bruja y cerca a la escalera— podía ver un poco de los gestos que ella hacía con los brazos mientras pronunciaba cada palabra. Todo el tiempo se tocaba la frente con el dedo índice, como si la persona del otro lado de la línea pudiera ver a qué se refería.

—María, ¿me estás diciendo que esta cosa de la frente me va a crecer cada vez que haga aquello? —preguntó la Bruja, casi como un susurro—. Cada vez crece más. Antes era un lunarcito, y vieras ya lo grande que está. ¿Eso es normal? —cuestionó la Bruja—. No puedo dejar de hacerlo. Tú sabes que yo gano una platica con eso. ¿No tienes un menjurje por ahí que me pueda aplicar para ese tema, María?

Eso fue lo último que le escuché decir a la Bruja, que ya se notaba impaciente en la conversación. Dejó el teléfono sobre el escritorio y se dirigió a un cuartico que en ese tiempo funcionaba como baño. Allí estuvo un buen rato, hasta que

sonó el timbre que indicaba la llegada de un nuevo huésped al pagadiario.

Ya había caído la tarde de un domingo. Llegué a la casa y saqué todo el dinero de los bolsillos del pantalón de poliéster café. Conté las monedas y el billete. Recibí casi cinco mil pesos. Muy poco para pagar la habitación de lujo. Puse el dinero sobre la mesa, me fijé en la mancha ovalada de unos cuatro centímetros, y la Bruja me señaló las escaleras. Sin decirle nada, subí hasta el segundo piso y noté que ya todas las habitaciones estaban llenas, por lo que decidí subir un piso más. La mayoría se encontraban desocupadas. Me dirigí hacia mi habitación preferida. Coloqué la guitarra de apenas cuatro cuerdas en una de las esquinas del cuarto, justo al lado de la puerta. Me acosté y, al girar sobre el lado izquierdo, en la mesita de noche vi un pequeño estuche. Me entró curiosidad y opté por mirar qué había dentro. Apenas lo abrí, vi mis ojos cansados, con arrugas bien marcadas en los extremos, y párpados caídos; también mis cejas despeinadas y casi todas blancas, salvo por uno que otro pelito negro. El espejo, que no medía más de cinco por nueve centímetros, estaba pegado en la parte interna y superior del cofre vinotinto, por lo que, al cerrarlo, en él se reflejaban dos monedas de doscientos, un centavo, una llave y una piedra de cuarzo rosado. Eso era todo lo que había allí dentro.

Sostuve el cofre en las manos un tiempo, lo volví a cerrar y dudé en llevárselo a la Bruja. El metal estaba frío. No separé mi mano de la baranda de la escalera del pagadiario hasta llegar al primer piso. Ya no recuerdo el momento en que el pasamanos se volvió tan importante para mí. No me podía alejar de él cada vez que subía o bajaba por los once escalones de cemento que conectaban un piso con el otro.

El escritorio, ubicado cerca de la entrada del pagadiario, y que siempre era ocupado por la Bruja, ahora estaba vacío. Sobre él se encontraba la baraja de cartas y un velón azul. La busqué por todo el primer piso y no la vi. Recorrí el nivel y encontré una puerta de madera diferente a las demás, que eran de metal. Estaba cerrada; se escuchaban quejidos. Bajé la mirada y recordé la llave dentro del cofre. La metí en la cerradura y la giré dos veces hacia la izquierda. Dejé que la puerta se abriera y me permitiera ver lo que había dentro. Velones de todos los tamaños y colores, esencias y otros frasquitos de vidrio. Apenas se abrió la puerta, de la esquina de la habitación salió un ratón de cola larga, que huyó por el portón principal del pagadiario.

Ahora, la Bruja que, como decían las malas lenguas, ya se había convertido en mariposa, araña y babosa, era un ratoncito blanco que tenía una mancha negra en la cabeza. Por eso la reconocí. Pasé los siguientes seis días sin verla y, al séptimo, la vi más cansada y con el rostro más arrugado. Tal vez esas cosas raras que hacía aceleraban su envejecimiento. ¿Cuántas transformaciones más podría soportar la Bruja? Lo único de lo que estoy seguro es de que esa mancha de la frente cambiaba cada vez que ella adoptaba una nueva figura. Me gusta pensar en lo que se convertirá al mes o a la semana siguiente. Con ella no se sabe. A veces intento adivinar, pero cada vez me sorprende más.

Yo sigo igual, siendo un viejo achacado por la edad y por el trajín de los buses capitalinos. Cuando no canto la canción de casi todos los días —la que me enseñó mi padre cuando estuvimos en el llano—, echo algún cuento de la Bruja y de lo que hacía. A veces me invento cosas para sorprender a los espectadores y así recoger más dinero para seguir quedándome en el pagadiario de la mujer que se transforma en decenas de bichitos.

Ese pagadiario se convirtió en mi hogar. No quiero salir de ahí, pues las transformaciones de la Bruja son lo que más me inquietan y motivan: me mantienen vivo.

La última noche de alguno de los dos hubo mucho ruido y casi no dormí. La habitación de la Bruja estaba justo al lado de la mía, en el tercer piso de la casa. De vez en cuando se escuchaban frascos de vidrio golpearse entre sí. Estuve atento a cualquier otro sonido, pero de un momento a otro hubo un silencio aterrador. Ya me estaba ganando el sueño cuando escuché que la puerta del lado se abría lentamente, como si no se quisiera hacer algún sonido. De pronto, la Bruja ha ido al baño que se encuentra a unos pasos de la habitación, pensé. El sueño me ganó, y creo que no escuché nada más en las siguientes siete horas.

Me despertó un rayo de luz que entraba por entre esa cortina naranja de mal gusto. De fondo, en la tienda del barrio que en las noches funcionaba como bar, ya se escuchaba la canción más conocida de Paquita y una que otra de Rocío Dúrcal. Alisté mi maleta y mi guitarra mientras la cantante mexicana entonaba a todo pulmón el desprecio que sentía hacia una rata de dos patas. Salí de la habitación y noté que todas las demás estaban cerradas.

Al terminar de deslizar mi mano por la barra de metal de la casa me di cuenta de que el escritorio viejo de madera de la Bruja estaba desocupado. Recorrí el primer piso. Lo único que estaba abierto era la habitación de paredes azules, de la que una vez vi salir al ratón blanco de mancha negra y cola rosada. Era fuerte el olor a canela que se combinaba con las otras esencias de la habitación. Las cortinas estaban cerradas, y casi todos los velones, apagados. Solo uno morado estaba encendido en una de las esquinas del cuarto. Me acerqué. En esa pared estaban dibujadas quince figuritas (las conté todas). Eran

siluetas de animales pequeños. Sí, eran quince. La primera, un mosquito; la última parecía un gato.

Quince figuras.

Quince animales pequeños.

Una bruja.

Así es. Ahí estaban todas las mutaciones de esa mujer: el ratón, la araña, la babosa... todo. La penúltima había sido el ratón, así que ahora era un gato, o tal vez solo le quedaba ese cambio. No sabía qué pensar. Estaba confundido y quería hablar con la Bruja. Salí del pagadiario, me subí en uno que otro bus, pero mi mente estaba con ella y con la silueta del gato negro dibujado en la pared. No dejé de pensar en la Bruja. No veía la hora de volver al Santa Fe y verla.

Casi a las nueve de la noche, de lejos vi que las luces amarillas de la entrada del pagadiario estaban apagadas, y la puerta, cerrada. Mientras caminaba hacia allá, vi un cartel rectangular blanco que resaltaba con el verde oscuro de las paredes de la fachada. “Las exequias se llevarán a cabo en la Capilla del barrio, a las diez de la mañana”, se leía en el cartel. Un letrero fúnebre que tenía, en la parte derecha, la foto de la Bruja cuando era más joven, cuando aún no tenía la mancha ni tantas arrugas. Se decía que la Bruja había muerto.

¿Quién sabe en dónde andará ese gato?, pensé.

LA SEÑORA

EDILMA FIGUEROA



DESCANSÓ EN LA PAZ DEL SEÑOR

Sus hijos Darío, Ricardo y Marina, familiares y amigos, invitan a las exequias que se realizarán hoy jueves a las 10:00 a.m. en la Capilla del Sagrado Corazón.

**Velación:** Funeraria Fe y Vida. Salón tres. Barrio Santa Fe.

# JULIANA Y EL MONSTRUO

Por Margarita Suárez

*Para Leny.  
Te voy a extrañar mucho.  
Gracias por haber existido.*

Juliana cumplió los tres años hace dos semanas y tiene muy claro que de grande quiere ser abuelita. Mamá, no, porque las mamás trabajan y pagan cuentas y llegan tan, pero tan tarde a la casa que Juliana jura que duermen en la oficina. Las abuelitas, en cambio, duermen hasta tardecito y pintan y cocinan y pasean por la calle con la cadera casi como nueva, porque se las cambian al cumplir los setenta.

Pero mientras crece, Juliana es muy feliz siendo ella. Igual su abuelita la deja pintar y cocinar y pasear con la cadera casi nueva, porque no ha tenido muchos años para usarla. Es como si estuviera entrenando desde ahí para ser abuelita.

En el jardín hay muchas monjas. La monja Fernanda es muy brava. A Juliana igual le cae bien, porque a las tres de la tarde, hora de la siesta, la monja Fernanda toca la guitarra para arrullar a los niños, y a Juliana le gusta mucho, muchísimo cómo suena.

La mamá de Juliana, Adriana, quedó embarazada a los veintisiete de un señor de veintidós al que no quería tener por esposo. Por eso, cuando él le pidió matrimonio, Adriana le dijo que no, que no lo amaba y que un bebé no iba a cambiar eso, pero que podía estar en la vida de la criaturita tanto como quisiera.

El papá de Juliana decidió que no quería estar en la vida de Juliana en absoluto. Juliana no tiene papá.

Eso no está ni bien ni mal, porque ella no piensa en eso. Su mamá la quiere mucho y nunca le han faltado mimos. Por eso Juliana nunca piensa en lo que es un papá, y mucho menos quiere uno. Eso es hasta que Adriana decide que Juliana necesita un papá y ella, un esposo.

Antonio es un amigo de la universidad de Adriana; un tipo churro con un carisma innegable y una mente brillante; es también un señor con complejo de víctima, cuyos *hobbies* incluyen quejarse en privado de todo y hacer berrinches de los que hacen los compañeritos de Juliana, y Juliana, cuando no le dan su leche achocolatada.

Antonio y Adriana se encuentran un día por pura casualidad, y toman la decisión de seguirse encontrando. Pronto se enamoran y se vuelven una pareja melcochuda, de esas que pasean por la calle agarradas de la mano.

Juliana quiere a Antonio mucho. Él siempre le da helado de chocolate, y el chocolate es, sin duda, la mejor cosa que existe.

Adriana tiene treinta cuando queda embarazada de nuevo. Antonio y ella deciden casarse.

Juliana es una niña muy particular. Ella no nació llorando. En cambio, nació con los ojos abiertos: gigantes y sin miedo, que miraban todo como prometiéndole al mundo que algún día se lo tragarán. “Ninguna mujer me ha mirado con tanta intensidad”, bromeó el doctor cuando los ojos de Juliana lo encontraron a él. Juliana no dejó de mirarlo.

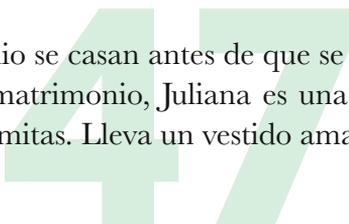
Cuando Adriana tuvo que volver a trabajar, tras haber tenido a su niña, Juliana se quedaba con “A”, que era el título que le había puesto a su abuelita: “A” le hablaba a la criatura como le habla uno a un adulto: clarito y sin atajos. Para cuando Juliana había cumplido un año, ya hablaba como señora, con el mismo tono que su abuelita.

“A” llevaba de paseo a Juliana por todo Bogotá, y Juliana hablaba como una lora con quien se le cruzara. Saludaba a gente que nunca había visto, aprovechaba los ascensores para compartir con medio mundo su vida, y si le quedaba tiempo, interrogar a algunos.

Juliana nació sin miedo.

Cuando Antonio y Adriana la sientan en el sofá para decirle que va a tener un hermanito, Juliana los mira con los ojos cafés grandes que tiene: “No”, les dice, porque hasta donde ella sabe, eso no tiene sentido. Pasan un par de horas antes de que Juliana acepte que sí, sí va a tener un hermanito. Eso no significa que se comprometa a quererlo.

Adriana y Antonio se casan antes de que se note la pancita de Adriana. En el matrimonio, Juliana es una niña de las flores junto con sus primitas. Lleva un vestido amarillo.



A Juliana no le gusta el amarillo, pero sí los vestidos; entonces, no se queja.

\* \* \*

A Antonio se le empieza a notar el síndrome de víctima y de niño berrinchudo después de casado. Se le asoma en las palabras, en las acciones, como los ladrillos que empiezan a aparecer debajo de una capa de pintura que se está desmoronando. Juliana lo quiere mucho y le dice “papi”, pero Antonio deja de ver a Juliana como a una niña y la empieza a ver como algo que consume el tiempo de su esposa y le quita atención a él.

Él no quiere que Juliana le diga papi.

Juan nace un 14 de diciembre. Él sí nace llorando, pero sus ojos cafés también son grandes y le hacen competencia a los de Juliana. A Juliana no le gusta eso. En todo caso, la bolita de persona es tierna, y a Juliana le parece que esa bolita es una a la que podría querer. Entonces la quiere.

Juan no quiere dormir sin su mamá, y de noche en su cuna aprovecha para entrenar sus pulmones asmáticos en el arte de chillar: llora toda la noche, y Adriana trata, trata mucho, de ignorar los alaridos, pero pronto se levanta de la cama y toma en brazos al niño, que prefiere el pecho de su mamá a la cuna.

Cuando Juliana va al baño por la noche y ve a Adriana meciendo a Juan como si estuviera bailando con él, le dan celos.

Los gritos no llegan de repente: se escurren por las paredes de la casa, como lobos muertos de hambre que están de cacería, y pronto los rodean a todos. La casa se ha vuelto un campo de

batalla, y los gritos se derraman como veneno de las bocas de Adriana y Antonio.

Una de las veces que Juliana los ve, cree que se trata de un juego, y empieza a mover la boca como si también tuviera balas perdidas por palabras. Cuando Antonio se da cuenta de lo que la niña está haciendo, le grita también a ella.

Juliana decide que prefiere jugar sola.

Antonio le empieza a pegar a Juliana por ridiculeces: por no ordenar bien su cuarto, por reírse muy fuerte, por existir en voz alta. Juliana agarra el hábito de morderse la lengua cuando quiere hablar, de no decir que tiene miedo, de orinarse en la cama porque sí tiene miedo.

A Antonio los dientes se le vuelven afilados y crueles, dientes de monstruo; solo Juliana se da cuenta.

Juliana nació sin miedo, pero ahora, cada vez que ve en Antonio la boca de un monstruo y en Antonio los ojos de un monstruo, Juliana tiene miedo.

A Juliana le duele tener miedo. Se siente como una lombriz fría que se mueve debajo de la piel como loca, hasta acomodarse junto al oído de Juliana. Ahí, la lombriz le dice a Juliana cosas feas, como que si alguien la ve llorando, le va a pegar.

La lombriz no dice mentiras.

La parte más fea es que Juliana nació sin miedo, y ahora que quiere a un monstruo como se quiere a un papá, es a él a quien teme.

Juan tiene un año cuando Adriana por fin echa de la casa a Antonio.

De pronto es porque Adriana quiere una familia perfecta, de las que tienen a un esposo y a una esposa; de pronto es porque, aunque Antonio sea un monstruo, Adriana está aún enamorada de él. Pero no ha pasado una semana antes de que Adriana le empiece a rogar a Antonio que vuelva. Antonio se hace el digno y se niega.

Juan sigue siendo hijo de ambos, y Antonio quiere estar ahí para él. Por eso se hace un acuerdo: entre semana, Juan se queda con Adriana y Juliana, y en los fines de semana, se queda con Antonio.

Es un acuerdo bobo, si le preguntan a Juliana. Su mamá siempre aprovecha la excusa de que Juan está con Antonio para irse también con ellos y dejar a Juliana sola o llevarla consigo para que no se le olvide cómo es que se ven los monstruos cuando uno los quiere.

El apartamento de Antonio es chiquito. Tiene un cuarto para Antonio y un cuarto para Juan, y ya de noche, aunque Juliana se duerma en la cama de Antonio viendo televisión con Juan, se despierta en el cuarto de Juan. Adriana, Antonio y Juan están arrunchados en el cuarto de al lado. Juliana tiene miedo; hay un monstruo en la esquina del cuarto que la está mirando, uno con los ojos de Antonio y la boca de Antonio, pero Juliana no puede pararse a decirle a su mamá que tiene miedo. Si la despierta, Antonio también se va a despertar, y a Antonio no le gusta que Juliana lo despierte.

Entonces Juliana se queda quieta. Jala las cobijas para que la tapen toda todita, y piensa en el gato que vive afuera de la casa

de su abuelita y siempre ronronea, porque los gatos, piensa Juliana, son mucho más bonitos que los monstruos.

Juliana siente la lombriz moviéndose debajo de su piel hasta que se acomoda junto a su oído. “Juliana”, dice la lombriz, “El Monstruo tiene garras, ¿viste? La boca le olía a sangre, ¿viste?”. Juliana quiere decirle a la lombriz que técnicamente uno no puede ver olores, pero decide quedarse callada. No quiere que El Monstruo la oiga.

Juliana no duerme esa noche.

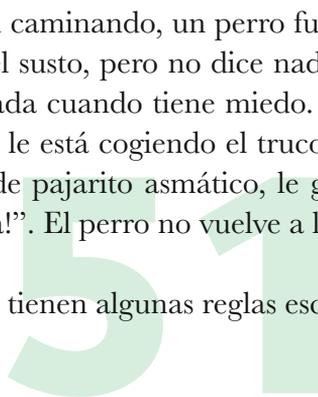
El Monstruo vuelve la noche siguiente. Se queda callado, mira a Juliana con la boca abierta en algo que parece una sonrisa, pero es una amenaza. Juliana no es capaz de pensar en gatos en vez de monstruos esta vez.

Juliana terminó queriendo a Juan y él la quiere a ella. Juegan todo el día y se ríen por reírse.

Juan se vuelve “Mangosé”, porque le gusta el mango y su nombre completo es Juan José, y Juliana se vuelve “Nena”, porque así le dice Adriana a su hija.

Un día que están caminando, un perro furioso ladra durísimo y Juliana salta del susto, pero no dice nada, porque ya aprendió a no decir nada cuando tiene miedo. Juan la ve asustada, y aunque apenas le está cogiendo el truco a eso de caminar y tiene pulmones de pajarito asmático, le gritar al perro: “¡No asustes a mi nena!”. El perro no vuelve a ladrar.

Mangosé y Nena tienen algunas reglas escritas:



1. Cuando Mangosé está teniendo un ataque de asma, Nena lo abraza para que se le calienten sus pulmones de pajarito.

2. Nadie tiene permiso de decir *MI mamá*, porque es mamá de ambos.

3. Nena le regala mango a Mangosé cuando le dan de almuerzo, y Mangosé le da chocolate a Nena cuando le dan de postre.

Es por estas normas básicas que funcionan tan bien juntos. Eso sí, cuando no, están peleando, porque Mangosé es muy bueno jalando el pelo y Nena sabe morder.

Juan es la persona favorita de Juliana.

Cuando Juan tiene ataques de asma, de noche, Juliana se pasa a su cama y lo abraza hasta que se le calman los pulmones de pajarito. El Monstruo, que desde esa primera noche hace ya muchas lunas, no ha dejado de visitar a Juliana, tiende a estarse más lejos cuando Juan está junto a Juliana.

Un día, Antonio le dice a Juliana que ya tiene seis años, que no quiere que Juliana lo llame “papi”. Juliana hace caso, aunque le duela que Antonio ya no quiera ser su papá. Juliana siempre ha sabido que no comparte sangre con Antonio, pero igual lo ha visto como un papá, y ahora, que ya Antonio declaró que Juliana no es hija suya, Juliana se siente huérfana.

“Mami”, le dice un día Juliana a Adriana mientras caminan de la mano por la calle, “¿yo tengo papá?”.

“Si, nena”, le dice Adriana a su hija. “¿Lo quieres conocer?”.

Adriana no sabe qué decirle a Juliana cuando ella pregunta si su papá la va a querer.

La primera vez que Juliana ve a Camilo es en un Crepes & Waffles. Juliana y su mamá llegan un poquito antes de lo acordado, y Juliana oye cada par de pisadas esperando que sean ésas las de su papá.

Juliana no sabe cómo se imaginaba a su papá, pero el señor gordito con cejas grandes no es lo que ella esperaba. De todas formas, Juliana está feliz teniendo frente a ella por primera vez a Camilo, un papá suyo que va a tener que quererla, porque Juliana necesita que la quiera.

Ese día Juliana se entera de que tiene otros dos hermanitos: Dieguito, que es unos meses menor que Juan, y Pau, que está por cumplir el año.

Cuando Juliana y su mamá se devuelven a la casa, Juliana se siente tan feliz que parece flotar por la calle sin que sus pies toquen nunca el suelo.

Esa noche el Monstruo no aparece.

\* \* \*

Felipe es el hijo de una amiga de Adriana, tiene dieciséis años y siempre que acompaña a su mamá a visitar a Adriana, ve Narnia con Juliana y juega con ella.

Un día en que Juliana quiere jugar al médico y ser la paciente, Felipe cierra la puerta y le dice que se acueste en la cama para revisarla y poder darle un diagnóstico. Una vez está Juliana en la cama, Felipe le embute dedos en el cuerpo en sitios que

Juliana no quiere que Felipe le toque. Juliana no sabe por qué se siente tan mal, pero inmediatamente quiere arrancarse la piel. El cuerpo entero lo siente sudado y pegajoso. Juliana piensa en el gato que vive afuera de la casa de su abuelita y siempre ronronea. Pero ningún pensamiento bonito la deja sentir algo que no sean los dedos de Felipe.

Cuando el Monstruo llega esa noche, Juliana lo ha estado esperando.

\* \* \*

Cuando Juliana tiene ocho años, y después de mucho tiempo de separados, Adriana y Antonio se divorcian.

Antonio ya lleva tiempos con novia, y Juliana igual ya no le cree a Adriana cuando le dice que Antonio sí quiere a Juliana, pero no sabe cómo quererla bien. A veces Juliana no está segura de que ni su mamá sepa quererla bien.

\* \* \*

Un día un niño nuevo en el colegio se sienta con Juliana en el bus. El niño es medio feo, pero es muy chistoso, y Juliana está segura de que está enamorada. Román dice muchas groserías para tener nueve años, y a Juliana le da risa cómo habla. Ambos niños intercambian chistes y hacen guerras de cosquillas, que Juliana siempre pierde. “Te ríes como japonesa”, le dice Román a Juliana, porque cuando Juliana se ríe, los ojos se le vuelven chiquitos, chiquitos.

Juliana piensa que Román tiene que ser su alma gemela, porque nunca en su vida se ha reído tanto con nadie.

\* \* \*

Cuando Juliana tiene doce años, pelea por primera vez con su papá. Le dice que ella siempre es la que lo llama, pero que cuando no lo llama, es él quien se molesta. Camilo le pide perdón, le dice que vaya a su casa ese fin de semana para que vean películas y jueguen parqués.

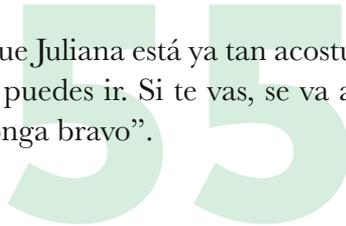
A Juliana le emociona que su papá quiera pasar tiempo con ella, e inmediatamente dice que sí, que allá se verán.

Los hermanitos de Juliana van a estar de viaje con la mamá; entonces, van a estar solo Juliana y Camilo en la casa.

Cuando Juliana entra al apartamento el sábado por la mañana, las cortinas están cerradas y las luces apagadas. Camilo está sentado en el sofá, con el cuerpo desparramado y los ojos perdidos. El apartamento apesta a alcohol.

Juliana se acerca a saludar a Camilo, se sienta a su lado y le sonríe. Los ojos de Camilo parecen tratar de buscarla, pero están muy mareados como para encontrarla. Las manos de Camilo, sin embargo, no están tan mareadas. Encuentran a Juliana y la tocan donde ella no quiere que la toquen. El corazón se le dispara a la niña, y Juliana piensa en el gato que vive afuera de la casa de su abuelita y siempre ronronea, porque los gatos, piensa Juliana, son mucho más bonitos que esas manos que se están empezando a sentir no como manos, sino como lijas.

La lombriz a la que Juliana está ya tan acostumbrada, empieza a hablar: “No te puedes ir. Si te vas, se va a poner bravo. No quieres que se ponga bravo”.



Pero Juliana no se puede morder la lengua, e igual habla: “No me siento cómoda, papi”, dice. Camilo se detiene y los ojos se le aclaran por un momento, como si entendiera que le está haciendo daño a la niña frente a sus ojos.

“Perdón, nena”, dice. “No te quise hacer sentir incómoda”. Juliana le dice que no hay problema, que todo está bien. Pero hay algo horrible en cómo le tiemblan las manos y en cómo siente en el estómago el ácido ardiente que se le quiere escapar por la boca.

Esa noche, Juliana no le tiene miedo al Monstruo; en cambio, lo ve como una criatura que no le ha hecho daño. Juliana alza los brazos, como pidiéndole al Monstruo que se acerque y la abrace. El Monstruo toma a Juliana y la arrulla. Juliana no puede dormir, pero la consuela que las manos del Monstruo no se sientan como lijas. Juliana le pide al Monstruo que le cuente un cuento. El Monstruo le cuenta cosas horribles, y la boca le huele a sangre, pero la consuela que no sea alcohol lo que llene el aire.

Juliana nunca vuelve a llamar a su papá.



---

**TALLER  
DISTRITAL DE  
CRÓNICA**

---

# REINCORPORACIÓN: LA LARGA MARCHA A LA VIDA CIVIL

Por Camilo Rueda Navarro

El Día D llegó el primero de diciembre del 2016. Ese jueves fue la hora cero del Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera. Un pacto negociado en La Habana, Cuba, que puso fin a 52 años de confrontación entre el Estado colombiano y la guerrilla de las FARC-EP. Aquel día, miles de hombres y mujeres emprendieron su última marcha insurgente hacia veintiséis puntos de la geografía nacional, seleccionados previamente por las delegaciones de paz. Desde las montañas de Colombia, donde se firmaron cientos de comunicados y proclamas, la guerrillerada emprendió camino hacia las denominadas Zonas Veredales Transitorias de Normalización, una de las novedosas y variadas fórmulas que se crearon para la implementación del Acuerdo, producto de cuatro años de conversaciones.

Durante dos meses, las columnas guerrilleras recorrieron a pie, en buses o en canoas el trayecto hacia esas veintiséis zonas veredales, el primer trayecto de un camino con destino a la vida civil. Aún con camuflados, fusiles y equipos, arribaron a las coordenadas previstas a esta primera estación. “La zona veredal de La Elvira no era más que tierra removida”, recuerda Pablo Catatumbo, excomandante guerrillero, sobre

la llegada con sus tropas al punto de Buenos Aires (Cauca). “Guerrilla y población de la zona miraban con asombro esa enorme área repleta de nada: ni los basamentos de las áreas comunes, ni los materiales esperados, ni un mínimo suministro de agua”, agrega Catatumbo, hoy senador de la República. “Es increíble que no haya nada montado, que la gente no encuentre ni agua”, dijo, por su parte, el fotógrafo Jesús Abad Colorado en su acompañamiento a la zona veredal de Tierralta (Córdoba).

Las zonas veredales empezaron a funcionar entonces con calefas, ranchas y letrinas a la usanza de la vida insurgente, mientras que a paso de tortuga avanzaban las adecuaciones para habitación y servicios sanitarios. En la mayoría de ellas, los trabajos no culminaron. En otras, ni siquiera llegaron al cincuenta por ciento, según consigna un informe de la Defensoría del Pueblo del 2017.

Es el caso de la de Mesetas (Meta), con un 32,5%. Allí, cuatro meses después de culminada aquella última marcha, Rodrigo Londoño y Juan Manuel Santos volvieron a reencontrarse en un apretón de manos, luego del que sellara la firma del Acuerdo en el Teatro Colón, de Bogotá. El último de los comandantes de las FARC y el presidente de la República encabezaron el acto final de la dejación de armas. Fue el 27 de junio del 2017, cuando casi diez mil fusiles de todo tipo, material explosivo y abundante munición fueron dados a custodia de la Misión de Verificación de las Naciones Unidas. Todo un arsenal que pasaría a ser fundido con el propósito de convertirse en monumentos.

“Adiós a las armas, adiós a la guerra, bienvenida la paz”, dijo Londoño, quien hasta ese momento fue el comandante Timoleón Jiménez, o Timochenko. La guerra, al menos para los trece mil firmantes del Acuerdo, empezaba a ser cosa del pasado.

Las zonas veredales se transformaron en los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR). Y la antigua guerrilla pasó a ser un partido político legal, con la denominación de Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común. Misma sigla, pero con nuevo significado, una decisión tomada por votación de las delegaciones que participaron de su Congreso fundacional. No por mayoritaria, esta disposición evitó las críticas, pues mantener una sigla con la que se ejerció la guerra durante más de cincuenta años podría ser contraproducente. Esto ocurrió en Bogotá a nueve meses del Día D, como en un ciclo vital necesario para parir el nuevo ser: el ahora Partido FARC. Con personería jurídica y la bandera de la rosa roja que los identificaría a partir de entonces, las delegaciones regresaron a sus territorios para proseguir con su nuevo camino.

Mientras que la dejación de armas tomó doce páginas del Acuerdo, la reincorporación se despachó en cinco, ambos temas como parte del capítulo denominado “Fin del conflicto”. La reincorporación es “un proceso de carácter integral y sostenible, excepcional y transitorio, que considerará los intereses de la comunidad de las FARC-EP, de sus integrantes y sus familias”, reza el documento.

“La reincorporación se diferencia de los demás acuerdos precedentes en Colombia porque se concibe de carácter colectivo y porque buscar garantizar a los excombatientes el ejercicio de sus derechos como ciudadanos”, explica Pastor Alape, exnegociador de paz y hoy delegado al Consejo Nacional de Reincorporación (CNR), la instancia creada para esa misión.

60

## Sembrando paz

El sesenta y seis por ciento de excombatientes farianos es de origen rural, y el sesenta posee una vocación agropecuaria, según constató un censo socioeconómico realizado por la Universidad Nacional de Colombia. Esta vocación se vislumbró en los ETCR, donde empezaron a surgir decenas de proyectos productivos, la mayoría ejecutados con recursos propios: cultivos de alimentos, corrales con especies menores, huertas y tiendas comunitarias. También empezaron a florecer otras iniciativas con la proyección de convertirse en vocación socioeconómica: confecciones, cerveza artesanal, artesanías y turismo son algunas de las ramas en las que han incursionado.

Algunos de los proyectos han recibido apoyo de la comunidad internacional. Otros reciben financiación estatal como parte de lo previsto en el acuerdo: ocho millones de pesos por persona como capital semilla. Hasta el momento van 54 proyectos colectivos tramitados, que reúnen a 2587 personas, según datos del CNR. Entre las iniciativas aprobadas hay de ganadería, piscicultura, confecciones, turismo y servicios.

El café ha sido uno de los productos favoritos. Hay cuatro marcas de café cultivado y cosechado por exguerrilleros: Esperanza, Marquetalia, Maru y Paramillo. El Esperanza, producido en el norte del Cauca, es suave como una brisa del mar que pega en la cordillera. Fue postulado para un concurso internacional en representación de Colombia. En Nueva York, la empresa Illy lo seleccionó como el mejor café del mundo en el 2019. Restricciones del país anfitrión impidieron que algún excombatiente asistiera a recibir la condecoración, que finalmente llegó a través de la Federación Nacional de Cafeteros. Esta entidad, además, otorgó el reconocimiento Héroes de la Caficultura a Antonio Pardo y Nativel Chantré, quienes lideran el

proyecto en la vereda Monterredondo, municipio de Miranda (Cauca). Allí reciben el apoyo de entidades del gremio cafetero que hoy los ven como colegas.

El Café Maru se cultiva en el Meta y es picante como el sol que abrasa los Llanos Orientales. Su nombre es un tributo a Manuel Marulanda, el legendario fundador y comandante de las FARC hasta su muerte por causas naturales en el 2008. Uno de sus hijos, Rigo, también vinculado a la organización, es uno de los artífices del café Maru, que lleva el eslogan “Con aroma a reconciliación”.

El Café Paramillo se produce en Antioquia y tiene un sabor dulce como los frutos que florecen en el nudo montañoso del que tomó su nombre. Se ha exhibido en varias ferias y en septiembre del 2019 llegó hasta el Congreso de la República, adonde fue llevado por el representante José Daniel López, de Cambio Radical. “A los congresistas se les vio beber complacidos con las cosechas de la paz”, consignó el diario *El Tiempo* sobre la nueva marca degustada por los parlamentarios.

El Café Marquetalia es fuerte como el magma volcánico del subsuelo de la cordillera Central. Se cosecha en las montañas de Planadas, las mismas donde en mayo de 1964 tuvo lugar la famosa Operación Marquetalia del Ejército contra 48 campesinos alzados en armas. Dicho ataque se convertiría en el hito fundacional de las FARC.

Marquetalia era el nombre de la hacienda donde hacían vida colectiva algunas familias campesinas refugiadas de la violencia política de mediados del siglo veinte. Y es un nombre constantemente evocado en la memoria colectiva fariana. Pero “como Marquetalia no hay dos”, advierte Gabriel Ángel, exguerrillero en proceso de reincorporación en Bogotá, hoy escritor y

columnista. Su pluma en constante actividad parece honrar la consigna que dejó Timochenko en el Meta: “Nuestra única arma será la palabra”. Desde entonces, Gabriel ha publicado cuatro libros de novelas y cuentos de ficción histórica que recrean el lado humano de la vida clandestina; historias inspiradas por sus propias vivencias en los treinta años que militó en las FARC-EP.

Así como ahora esgrimen el arma de la palabra, también lo hacen con la del deporte. Es el caso de Remando por la Paz, un equipo conformado por exguerrilleros que representó a Colombia en el Mundial de Rafting de Australia del 2019. Deiver Buitrago, Jimmy Charry, José David Gamboa, Edison Gaviria, Lorena Leiva, Hermides Linares, Frellin Noreña y Édgar Portela integran este equipo, surgido como parte de un proyecto con sede en San Vicente del Caguán (Caquetá) que busca promover el ecoturismo en el río Pato.

Antiguo escenario del conflicto armado, el río Pato también se caracteriza por tener un rápido caudal, idóneo para la práctica del canotaje, o *rafting*. Por eso, ocho miembros del proyecto se capacitaron en esta modalidad deportiva para promoverla como parte de sus planes turísticos. Luego fueron invitados por la Federación Internacional de Rafting al Campeonato Mundial. Recibieron la bandera de Colombia de manos del ministro del Deporte, Ernesto Lucena, y con el apoyo de la ONU cruzaron el Pacífico para llevar un mensaje de reconciliación. Allí, la Federación Internacional de Rafting les dio el reconocimiento especial Iniciativa de Paz, y el diario *El Espectador* les otorgó el Premio al Juego Limpio Guillermo Cano 2019.

“Remando por la Paz es el equipo de rafting que cambió la lucha en el campo de batalla por el trabajo en equipo en la competencia. Otra muestra más de que el deporte es la mejor

herramienta de transformación social”, dijo el ministro Luceña sobre la escuadra. Luego de representar al país en Australia, organizaron el Campeonato Nacional de Rafting en el ETCR de Miravalle, en San Vicente del Caguán, donde hoy siguen remando por la paz.

## Sin tierra prometida

“El Acuerdo de Paz no estipuló un beneficio directo para los excombatientes en términos de acceso a tierras”, le dijo Andrés Stapper, director de la Agencia para la Reincorporación y Normalización, al diario *El Espectador* en diciembre del 2019. Con este pretexto, el Gobierno ha eludido la necesidad de resolver la carencia de tierras para la reincorporación de los trece mil excombatientes en proceso de reincorporación a la vida civil. ¿Esperan entonces que hagan sus casas en el aire? ¿Que aren sus proyectos en el mar?

Varios de los proyectos productivos, que son de carácter agropecuario, están paralizados por no tener un lugar donde implementarlos. Otros están en predios arrendados, lo que genera un rubro adicional. Además, los ETCR donde aún habitan tres mil exguerrilleros, más sus familiares y comunidades, están en limbo jurídico. El decreto que los cobijaba se venció en agosto del 2019 y hoy no tienen una figura transitoria ni el reconocimiento de las administraciones locales. Algunos de los ETCR lograron gestionar acuerdos colectivos para continuar en el mismo lugar y están en los trámites burocráticos para formalizarlos. Los demás tendrán que volver a sembrar en otra tierra.

## Tejiendo paz

Agricultores, artesanos, cableoperadores, congresistas, enfermeros, escritores, estudiantes, fabricantes de cerveza, ganaderos, guardaespaldas, guías turísticos, piscicultores y sastres. Estas son algunas de las formas en las que los excombatientes se ocupan en su nueva vida civil. Con motivo de la emergencia sanitaria por el coronavirus, los talleres de confección de los ETCR se volcaron a la elaboración de tapabocas para dotación propia y de las comunidades aledañas. La experiencia fue positiva y pronto la producción se amplió a la donación para grupos vulnerables (como adultos mayores, indígenas y presos) y para vender al por mayor. Una buena forma de aprovechar su capacidad organizativa, la misma que ha permitido que los espacios de reincorporación se mantengan hasta el momento sin ningún contagio.

Pero sus preocupaciones por la pandemia no son peores que las que generan las amenazas de “hacer trizar el Acuerdo Final”, como pidió un dirigente del partido de gobierno. También los atormenta la zozobra que causa el constante asesinato de firmantes de la paz. Según la ONU, hasta marzo del 2020 habían sido víctimas de 175 homicidios, mientras que en el registro del Partido FARC, esa cifra ya llega a los 200. Pese a todo, siguen transitando este camino, con nuevos equipos en su mochila y vivas esperanzas en esta segunda oportunidad sobre la tierra.

# WHISKY CON SABOR A PAZ Y A CHOCOLATE

Por Juan Pablo Vega B.

A los campesinos del occidente de Boyacá, la tierra los privilegió y los castigó al mismo tiempo. La plata fácil de las esmeraldas y los cultivos de coca los doblegó y los volvió casi enemigos del Estado. Sin embargo, ese mismo suelo los salvó y les permitió sembrar un plan de vida: hoy en día, productores agrícolas de San Pablo de Borbur, Pauna y Otanche cultivan y procesan uno de los cacaos más finos de Colombia y el mundo, reconocido con el premio al Cacao de Oro (el mejor del país) y con participación en el Salon du Chocolat, de París.

Conscientes del potencial que tiene el grano, por su buen precio internacional y demanda en el mercado, cerca de 1270 agricultores de esta región se asociaron hace quince años para crear la marca Distrito Chocolate, a través de la cual comercializan sus propios productos de alta calidad y que ellos denominan “la tienda de los cacaoteros colombianos”.

El anfitrión habitual es Juan Urbano, un carismático campesino que suele pasearse por las tiendas, con su sombrero y su poncho, para contar a los clientes el camino que han recorrido en el occidente de Boyacá, hasta consolidar una actividad productiva legal. Cuenta su historia en foros con ministros, programas de

televisión (en Shark Tank lograron financiación para sus tiendas) y en cualquier escenario público al que es invitado.

Explica, por ejemplo, que “las esmeraldas hicieron ambiciosa a la gente. Por décadas, se movió mucho dinero que salía de las minas”. No obstante, esa riqueza vino acompañada de muerte, fracturas sociales y familiares. De ese pasado quedó una cifra que les pesa todavía: más de 3500 campesinos murieron y hoy no pueden participar de este renacimiento colectivo.

La avaricia se apoderó de los míticos cerros de Fura y Tena y la violencia se expandió al punto de convertir estas poblaciones en trincheras. Algunos habitantes recuerdan que se establecieron fronteras entre los pueblos y mataban a cualquiera que las atravesaba. Se mataron entre familias, entre amigos, por sospecha, porque sí o porque no.

En 1990 se firmó un acuerdo de paz que se mantiene vigente hasta la actualidad y que tuvo como objetivo frenar la belicosidad de la minería. Ese proceso organizó el sector, pero dejó a miles de campesinos sin ingresos, y el único refugio lo encontraron en las plantas de coca, lo cual impregnó la cultura y la economía de la región. Juan Urbano reconoce que rápidamente se repitió el oprobio de años anteriores.

No es que los cultivos de coca fueran algo nuevo en la zona: desde hace al menos cuarenta años convivieron con las esmeraldas. Quienes tenían plata hacían las dos cosas: cultivar y explotar las minas. Pero cuando se estableció el pacto de no agresión en el sector minero, la necesidad se apoderó de ellos y creyeron encontrar respuesta en el narcotráfico.

Roberto Estrada, campesino de San Pablo, recordó que “los cultivos ilícitos revivieron muchos de los conflictos que habíamos

superado, y entendimos que estábamos peleando en un negocio que no era de nosotros”. Ahí comenzó la transición.

## **Eliminaron la coca de la tierra y del corazón**

San Pablo de Borbur es conocido como “el municipio esmeralda de Colombia”. En la actualidad no tiene más de veinte manzanas en su área urbana. Es caliente y húmedo, muy distinto del conocido frío boyacense. Durante la década de los noventa, y hasta pasado el 2000, el movimiento de la hoja de coca se estableció entre sus habitantes como una actividad diaria. Lo mismo pasó en Pauna, Otanche, Muzo y Maripí, pueblos que limitan con San Pablo y que vivieron procesos similares.

Muchos de los que en ese entonces cultivaron no tienen claro todavía quiénes eran sus compradores. Les vendían a extraños que llegaban a esos municipios, a los mismos habitantes o a paramilitares establecidos en el Magdalena medio y parte de Boyacá. La ocupación paramilitar en la zona esmeraldera fue ordenada por Carlos Castaño y ejecutada por Fredy Rendón Herrera, alias el Alemán, comandante del Bloque Élder Cárdenas, según relató él mismo a las autoridades y registró el diario *El Tiempo* en abril del 2010.

En un pacto de liberación o una especie de catarsis colectiva, los excocaleros y ahora cacaoteros, hacen frente a su historia y la repiten como si recordaran alguna anécdota familiar. Muchos comenzaron como raspachines, y luego comenzaron a cultivar sus propias plantas. “Cuando se está en torno a las plantaciones de coca, uno aprende muchas cosas de ese negocio. Hasta logré llegar a raspar y aprendí el proceso hasta sacar

la pasta”, cuenta Omar Neiza, representante legal de Funredagro, la fundación que reúne a los productores de cacao.

Neiza tiene otro rol definitivo para el proyecto cacaotero de Boyacá: mientras Juan Urbano posiciona la marca Distrito Chocolate en espacios comerciales, él gestiona recursos ante entidades públicas, busca alianzas y se encarga del manejo administrativo de la Fundación. Antes lo hacía Néyder Mauricio Obando, el actual alcalde de San Pablo, lo que demuestra la importancia social y política que tiene el grano en la región.

Mientras recorre la planta de procesamiento en la que se fermentan los granos que luego serán transformados en licor de cacao (así se denomina el líquido del que saldrán chocolates, trufas, bebidas y cualquier producto derivado), Neiza cuenta las razones que los llevaron a eliminar los cultivos ilícitos no solo de su economía, sino de su corazón, como asegura. “Ya erradicamos la coca; ahora tenemos que erradicar la pobreza, y eso es lo que queremos a través del cacao”.

Para los campesinos rasos, los cultivos ilícitos no significaron un éxito económico. Se los compraban al precio de cualquier otro producto agrícola. Ellos sabían que no iban a volverse ricos con la hoja de coca, así que esta idea, más algunas iniciativas de erradicación voluntaria que surgieron en 2003, fueron los primeros pasos para liberarse del pasado de sangre y crimen al que estaban vinculados.

## Se siembra una nueva vida

El grano lo encontraron luego de acogerse al programa Familias Guardabosques, que les ofreció alternativas productivas

lícitas. “En el gobierno de Uribe se dijo que había que sustituir coca por cacao. Entonces comenzamos a organizarnos y nos trajeron muchos beneficios”, recuerda Roberto Estrada.

Ellos reconocen que esa iniciativa gubernamental fue el punto de quiebre para comenzar a posicionar el cacao de Boyacá en el país y en el mundo. De acuerdo con el Observatorio de Drogas de Colombia, del Ministerio de Justicia, entre 2003 y 2010 se atendió a 7911 familias como parte de dicho programa en los pueblos de la zona. De ese total, cerca de 6000 productores están vinculados actualmente con los proyectos para cultivar su propio cacao. Hoy piensan como región y se preocupan por las generaciones que vienen. No quieren repetir su pasado violento. Quieren crear una nueva historia y contarla al mundo.

La imaginación y la capacidad de reinención que tienen estos agricultores la exhibe don Roberto con su producto estrella: el whisky de cacao. Es una invención propia, un licor único en el mundo que huele y sabe a cacao. Aunque es celoso con su receta, sabe que tiene una enorme oportunidad con su invento. Lo único que pide es apoyo de alguna entidad u organización para poderlo producir y encontrar canales de comercialización.

Estos municipios erradicaron de forma voluntaria cerca de 6000 hectáreas de plantaciones de coca y en la actualidad han dado un giro radical en su modelo de desarrollo regional. Incluso se han creado proyectos de ecoturismo, en los cuales comparten con extranjeros y locales la riqueza natural de su territorio, al que antes no se podía acceder debido a la violencia.

Sus preocupaciones actuales tienen que ver con la forma de expandir su mercado, llegar a más clientes, abrir nuevas tiendas, mejorar los granos que cultivan y diversificar su producción para consolidar la marca con la que quieren mostrarle al país,

al mundo y, sobre todo, para demostrarse a sí mismos, que el cacao es el fruto de la paz que han buscado por tantas décadas.

Distrito Chocolate cuenta con dos tiendas en Bogotá: una en La Candelaria y otra en el barrio Quinta Camacho. Son el símbolo de la transformación social y cultural del occidente de Boyacá. Su sueño, después de tantos años, es convertir esta marca en la primera multinacional del país, cuyos dueños directos sean los campesinos.





---

**TALLER  
DISTRITAL DE  
POESÍA**

---

Por Laura Camila Mora

## ARTE POÉTICA

A una persona que no es poeta le es imposible decir qué es la poesía, adjudicarle una forma, un sentido, o incluso una vida. Si llegase a intentar describirla, en ese momento mostraría su deshonra y se ocultaría en las fauces de la insensibilidad, agonía de la podredumbre humana; si lo logra, quizás, y solo quizás, ese individuo se haya convertido en poeta, pues uno no es por lo que se cree, sino por lo que ella hace en la hipersensibilidad del mundo. Con esta idea en mente, despojándonos de la responsabilidad que ella nos confiere, podríamos comparar la poesía con una hija que llega de la nada, espera con paciencia y nace sin ninguna idea preconcebida. Esto no quiere decir que sea única (¿cómo serlo si se produce en un ser de copias?). Tal vez sea diferente, ya que utiliza un mismo tema: la vida, como inspiración). Y aunque mantiene viva una parte de nosotros, ella siempre sobresale por su individualidad, como una adolescente busca su esencia (el carácter con el que verdaderamente se quiere mostrar) y como adulta, gracias a su experiencia de emociones, idas y venidas su amante predilecta: la musa, que da un regalo sin igual al poeta: su voz poética. Cuando se tiene voz, uno se remite al nacimiento, al grito que nos da la vida, como cada nuevo poema que escribimos.

# GABARDINA ROJA

*A la niña de los recuerdos de Schindler*

I

Sentada en el tumulto  
ve pasar la fragilidad de los hombres,  
milagros del vivir.

II

Grisáceo es el día  
a causa de la nieve  
que producen los cuerpos.

III

Se aleja con el peso rojo  
que acumula su gabardina  
del último calor que dan  
los disparos hechos segundos.

75

# LA LISTA

*Quien salva una vida salva al Mundo entero.  
Mishná 4:5*

Cuando la vida depende de las hojas  
la lista se convierte en el bien absoluto,  
la esperanza de los nombres que la poseen  
con el fin de conseguir el paso  
a un abismo que se asoma en sus márgenes.

76

## ISLA DE LOS MUERTOS (1880-1886)

En piedra caliza se alzan  
los aposentos de un pasado.  
Quien transportado por Caronte  
encuentra aquí su destino,  
ninfas, diosas de lo natural,  
terminan su viaje  
con la expectativa de ser gárgolas  
y adornar las sombras con su belleza.



## DESTINATARIO

Rostros y nombres que invaden la pluma  
terminan en una gota para no enviarse jamás.

78

## NO HAY FAMILIA

*A la silla de mi abuelo*

No hay familia a la cual recordar  
en el retiro que erige el verano  
con cuerpo hecho de brisa  
pudriéndose en un pasillo de tierra  
con prendas viejas.

Hay pocas cosas que le acompañan  
no es lujo ni estrépito  
el sonido de sus pies  
solo el tempo de la guitarra  
música y totumos que quitan su calor  
para subir al último cielo  
despedido.

# LA VIDA ES UN CARNAVAL

*A Celia Cruz*

Como ritual africano, le pedimos a la vida fuerza  
para gritar al espejo: ¡wuah!  
Y destruir al ser de los problemas: nosotros.

80

Por Luis Camilo Dorado

## CANCIÓN DE LOS PRIMEROS DÍAS

El mundo aún era silencio, cuando Dios pronunció la palabra *luz* y las galaxias invisibles palpitaron para abrazar la oscuridad del universo.

En el principio, la música de la deidad descubría praderas bajo la líquida extensión de la tierra, aves y cetáceos de vocablos desconocidos eran pronunciados una sola vez para emerger del silencio. Para el hombre no hubo palabra: solo un hálito de vida para su cuerpo de polvo.

Sin más lenguaje que un sonido de pájaros y agua, el hombre improvisa en el huerto sus primeras oraciones, piensa en cómo nombrar correctamente cada insecto. Frente a su asombro, solo tiene las palabras para señalar aquello que desconoce, y con ellas dice: molusco, gallinazo, bisonte, caimán, pero queda sin nombrar la contracción del caracol hacia su concha o la fuerza oculta en el pelaje de un visón que corre para reintegrarse a su manada. Así, el hombre puebla el silencio de la tierra que lo habita y pasa días nombrando el viento o la fruta madurada, para evitar el olvido o el cruce de vocablos en su memoria virgen; descubre, en su tarea, que hay algo de Dios en las hormigas que buscan la carnosidad del mango, y las señala sin precisar el nombre exacto para ellas. Hay días en

que los nombres no llegan, y el animal desaparece lento en las estepas con su significado aún oculto.

El cerdo en sus orígenes fue llamado *barro* y las aves llevaron el nombre de *aire* en sus primeros vuelos; luego fue necesario renombrarlos con calificativos más precisos. (*Porque había animales a los que era ineludible darles un primer nombre en la tarde y otro en la mañana, para finalmente abandonarlos*).

La primera pareja sobre la tierra pensó que los intentos repetidos del mar de abrazar la arena necesitaban un nombre, como todo lo creado. Así llegó la ola sobre la palabra *orilla*, que luego se convertiría en *oleaje*, esa misma palabra que se perdía a la distancia fue necesario extenderla y cubrir con ella la línea que dividía las aguas de los cielos. Así apareció el *horizonte* y un nombre diferente para indicar la aparición de los astros, para las tardes y las diferentes formas climáticas del génesis.

La mayoría de los seres podían ser recordados por algún vocablo, salvo algunos depredadores nocturnos o aquellas criaturas invisibles en la profundidad de los abismos oceánicos. Esa era la tarea del hombre en un comienzo: antes de labrar la tierra, liberar el significado de las cosas. No era suficiente nombrarlas: las palabras son apenas la respiración de lo que vemos. Hay un ejemplo en la palabra *nube* que, aunque tiene algo de ingrátido, no es tan ligera como ese cuerpo cambiante de aire que se diluye o se condensa al final del día. Por eso es necesario juntar palabras para señalar de manera correcta, y saber que a una piedra pueden llegar a pertenecer todas las palabras del mundo. El poeta tiene esa necesidad. A veces es suficiente decir *piedra*; otras veces se requiere pulir o partir su cuerpo endurecido para dejarla ir, como un animal en los orígenes. Las piedras esconden en su porosidad un lenguaje de sombras antiguo e

innombrable, y todo lo que hay entre una nube y una piedra requiere esa labor, una existencia dentro del lenguaje.

Quien escribe poesía vive de aquel oficio ancestral: nombramos en la búsqueda de aquella palabra de la cual estamos hechos; buscamos en ello nuestro propio significado, que está lejos de las palabras o que más bien pertenece al silencio.

# FOTOGRAFÍA

Abrazados  
compartiendo un mismo pedazo de sol sobre la espalda  
miramos a mamá en sus treinta años  
y su Kodak 110 de los noventa

Sobre la banca de madera  
mi hermano y yo  
y bajo nosotros  
toda la hierba celebrando la mañana

Las sombras apenas atenuaban la luz  
Éramos una pequeña parte del día  
una sola sonrisa  
sostenida en dos pequeñas bocas.

Mamá incluye en el encuadre  
todo el césped  
el sol difuminado  
e igual que nosotros sonríe  
mientras guarda la cámara en su bolso.

## A ROY BATTY

Todas las imágenes del replicante  
se resumen  
en una lágrima insalubre

Sus últimas palabras  
tejen un poema corto como despedida.

Todo se pierde  
bajo los ruidos de la lluvia.

# PLANETAS

Dividí la polvareda acumulada sobre la placa de cemento  
tracé un círculo irregular  
y en él imaginé  
un océano inmóvil  
iluminado en sus profundidades  
por enormes seres abisales.

Quizás se devoren entre ellos  
y ninguno alcance la superficie  
Volverán al polvo  
sin descubrir la mano que se aleja  
para dibujar otros planetas.

## INSTRUCCIONES PARA RECORDAR

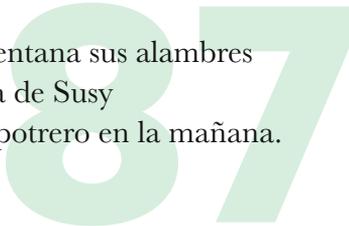
Revela los rollos olvidados en el baúl de mamá  
antes de que sea inútil salvarlos  
cómprate de regreso algunos de 36 disparos  
y cárgalos en la Kodak.

Toma una foto del abuelo cortando leña con el hacha  
y llama a los perros  
para que queden en la imagen  
No importa que se duerman  
que ladren o se alejen.

Sin importar si están quebrados  
acomoda sobre las escaleras los soldados  
junto con los carros de hojalata  
y haz una segunda toma.

La huerta y el patio desaparecerán  
Aprovéchalos  
no habrá manera de reemplazarlos.

Vigila desde la ventana sus alambres  
y sigue la espalda de Susy  
cuando cruce el potrero en la mañana.



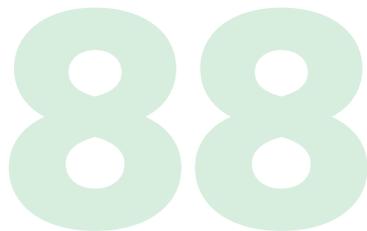
Un día  
nada pisará la hierba  
Aun las vacas inmóviles que pastan sobre ella  
serán sacrificadas  
pero mirarán la cámara sin inmutarse  
en cualquier momento.

Los pinos serán aserrados  
sin que puedas hacer nada por ellos.

Como todo lo demás  
solo puedes capturar la imagen  
trasplantar toda la luz a una película  
antes de que las cosas desaparezcan.

Por último  
cuando escales el brevo del huerto  
sonríe cuando mama lo indique  
Desaparecerás como todas las cosas  
cuando el sol avance.

Tus años  
solo serán algo de neblina  
otro hombre crecerá dentro de ti  
y te recordará  
aunque de forma irreversible te despoje  
y tome sobre la tierra  
para siempre  
tu lugar.



## BALIDO

Tengo un rebaño de palabras  
a cada una llamo por su nombre.

Las más cercanas  
acostumbran el mismo lugar en el redil

Otras se alejan de mi voz  
pero vigilo sus cuerpos inmóviles desde la cerca

Hay ovejas perdidas  
que cuando regresan  
es necesario afilar una navaja para quitarles el vellón  
y descubrir el brillo de su lana  
para lograr reconocerlas.

El trabajo me da tiempo  
de interpretar el canto de las cabras  
cuando aprietan las pezuñas en los riscos  
Son sus ecos  
lo que escribo.





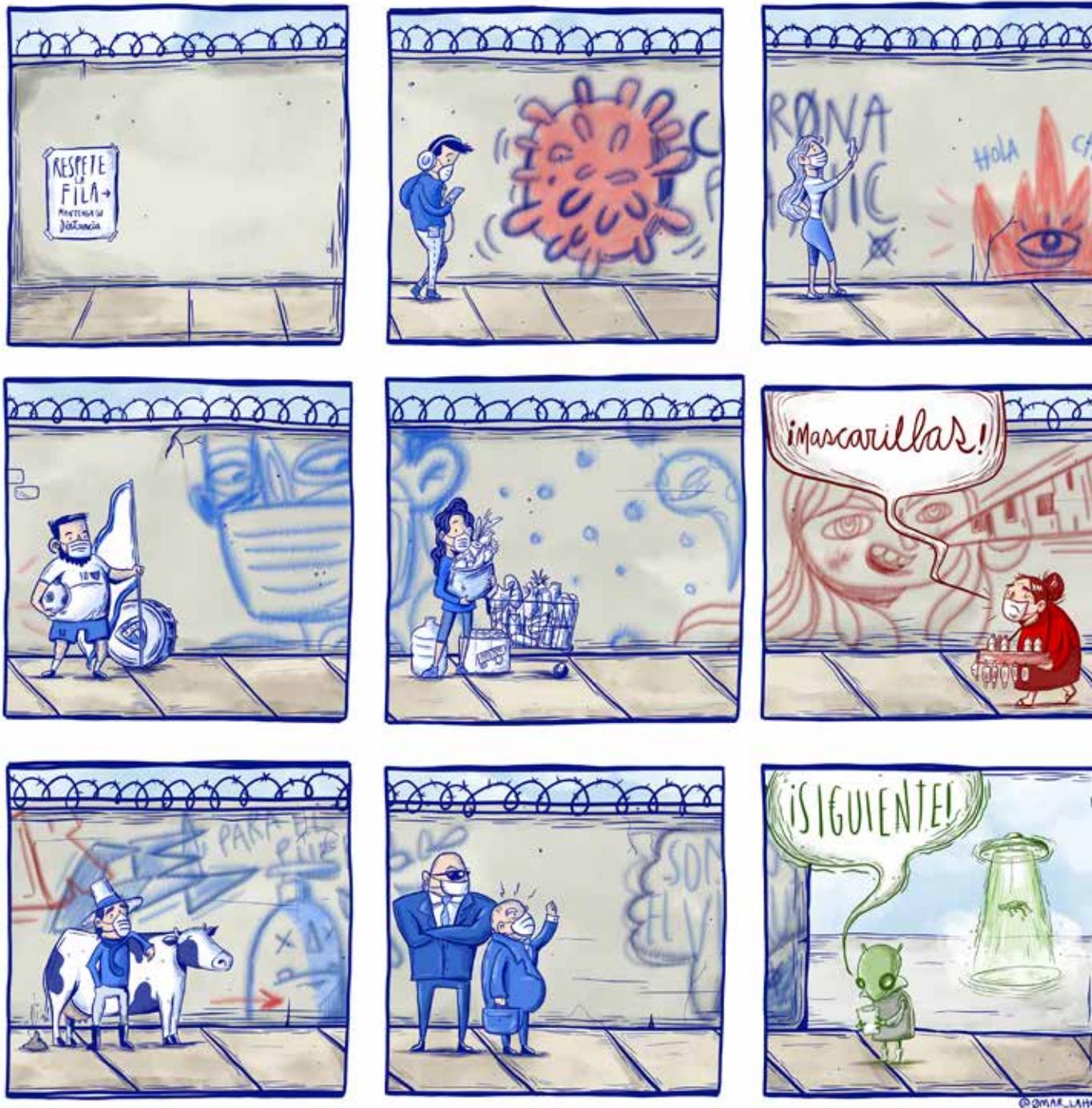
---

**TALLER  
DISTRITAL DE  
NARRATIVA  
GRÁFICA**

---

# LAFILA

Por Omar La Hoz





# SHORTIE

Por Diego Zhaken

